

# EN EL DESIERTO DE LA TENTACIÓN



ELLEN G. WHITE

# EN EL DESIERTO DE LA TENTACIÓN

**Ellen G. White**

**2007**

**Copyright © 2021  
Ellen G. White Estate, Inc.**



# Información sobre este libro

## Resumen

Esta publicación eBook es provista como un servicio del Patrimonio de Ellen G. White. Es parte integral de una vasta colección de libros gratuitos en línea. Por favor, visite el sitio web del Patrimonio Ellen G. White.

## Sobre la Autora

Ellen G. White (1827-1915) es considerada la autora estadounidense más traducida, con sus publicaciones traducidas a más de 160 idiomas. Escribió más de 100.000 páginas sobre una vasta variedad de temas prácticos y espirituales. Guiada por el Espíritu Santo, exaltó a Jesús y se guio por las Escrituras como base de la fe.

## Otros Enlaces

[Una Breve Biografía de Ellen G. White](#)

[Sobre el Patrimonio de Ellen G. White](#)

## Contrato de Licencia de Usuario Final

La visualización, impresión o descarga desde Internet de este libro le otorga únicamente una licencia limitada, no exclusiva e intransmisible para uso personal. Esta licencia no permite la republicación, distribución, asignación, sublicencia, venta, preparación de trabajos derivados u otro tipo de uso. Cualquier uso no autorizado de este libro hará que la licencia aquí concedida sea terminada.

## **Más información**

Para más información sobre la autora, los editores o cómo podrá financiar este servicio, por favor, contacte con el Patrimonio de Ellen G. White: (dirección de correo electrónico). Agradecemos su interés y sus sugerencias, y que Dios le bendiga mientras lee.

Este libro fue traducido por software.



# Contenido

Información sobre este libro .....	4
Prefacio .....	9
Capítulo 1 – Confrontación en el desierto.....	10
Capítulo 2 – Adán, Eva y su hogar edénico .....	11
Capítulo 3 – El examen de la prueba .....	13
Capítulo 4 – Paraíso perdido .....	16
Capítulo 5 – Plan de redención .....	18
Capítulo 6 – Ofrendas de sacrificios .....	23
Capítulo 7 – Apetito y pasión .....	26
Capítulo 8 – Una amenaza al reino de Satanás .....	29
Capítulo 9 – La tentación .....	33
Capítulo 10 – Cristo como segundo Adán.....	35
Capítulo 11 – Los efectos terribles del pecado sobre el hombre .....	37
Capítulo 12 – La primera tentación de Cristo .....	39
Capítulo 13 – Significado de la prueba .....	40
Capítulo 14 – Cristo no obró milagros para sí mismo .....	43
Capítulo 15 – No discutía con la tentación .....	45
Capítulo 16 – Victoria por medio de Cristo.....	49
Capítulo 17 – La segunda tentación .....	51
Capítulo 18 – El pecado de la presunción .....	52
Capítulo 19 – Cristo nuestra esperanza y ejemplo.....	54
Capítulo 20 – La tercera tentación .....	56
Capítulo 21 – El fin de la tentación de Cristo .....	59
Capítulo 22 – Temperancia cristiana.....	61

Capítulo 23 – Condescendencia propia disfrazada de religión .....	68
Capítulo 24 – Más que una caída .....	76
Capítulo 25 – Salud y felicidad.....	79
Capítulo 26 – Fuego extraño .....	83
Capítulo 27 – Imprudencia presuntuosa y fe inteligente .....	87
Capítulo 28 – Espiritismo .....	89
Capítulo 29 – Desarrollo del carácter .....	96

## Prefacio

En diferentes épocas, Ellen G. White escribió sobre la tentación y la caída del hombre, el plan de la redención y la victoria de Cristo en el desierto de la tentación. En 1874 y 1875, en una serie de 13 artículos publicados en *The Review and Herald*, ella abordó estos temas con profundidad. En estos artículos, dedicó más atención a las lecciones extraídas de la experiencia del hombre y de Jesucristo al enfrentarse a la tentación, que a una secuencia histórica de los eventos. La serie concluye con aplicaciones prácticas para situaciones actuales.

Estos artículos, con algunos párrafos añadidos por la autora, fueron posteriormente republicados en un folleto de 96 páginas, y se convirtió en el segundo de ocho folletos que formaron la serie Redención, publicada en 1878. Los otros siete del material presentado fueron publicados simultáneamente en *Spirit of Prophecy*, volúmenes dos y tres, posteriormente sustituidos por la obra maestra de Ellen White, *El Deseado de Todas las Gentes*.

En el número dos de la serie Redención, escrito bastante tiempo después de los demás, Ellen G. White presenta una exposición muy completa de la tentación, siendo una contribución singular de material actualmente disponible.

En las primeras ediciones, algunos artículos contenían subdivisiones y otros no. En esta reedición se sigue un plan uniforme. Se utilizaron mayúsculas y ortografía actualizadas, y algunos párrafos muy largos fueron divididos para hacer la lectura más agradable. El texto se reproduce con precisión.

En esta atractiva reedición, el lector encontrará aliento y lecciones prácticas apropiadas para este tiempo.

Depositarios de los Bienes de Ellen G. White

«En el desierto de la tentación, Satanás se apareció a Cristo como un ángel venido de las cortes de Dios. No fue por su apariencia, sino por sus palabras, que Cristo lo reconoció como enemigo.» — *The Review and Herald*, 22 de julio de 1909.

# Capítulo 1 — Confrontación en el desierto

Después del bautismo de Jesús en el Jordán, Él fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Cuando salió del agua, se inclinó en las orillas del Jordán y suplicó al gran Eterno fuerzas para soportar el conflicto con el adversario caído. La apertura de los Cielos y el descenso de la excelente gloria atestiguaban Su carácter divino. La voz del Padre declaraba la estrecha relación de Cristo con Su infinita Majestad: «Este es Mi Hijo amado, en quien Me complazco.»<sup>1</sup> La misión de Cristo comenzaría pronto. Pero Él debía primero retirarse de las escenas ajetreadas de la vida a un desierto solitario, a fin de expresar el propósito de soportar la triple prueba de la tentación en favor de aquellos a quienes vino a redimir.

Satanás, que había sido un ángel honrado en el Cielo, ambicionaba honores más exaltados que los que Dios había dado a Su Hijo. Él se volvió celoso de Cristo, y afirmó a los ángeles, que lo honraban como querubín protector, que no se le confería el honor que su posición demandaba. Aseveraba que debía ser exaltado con el mismo honor de Cristo. Satanás obtuvo simpatizantes. Ángeles en el Cielo se unieron a él en su rebelión y cayeron, con su líder, de la más alta y santa posición y fueron, consecuentemente, expulsados del Cielo juntamente con él.

<sup>1</sup>Mateo 3:17.

## Capítulo 2 — Adán, Eva y su hogar edénico

Dios, en consejo con Su Hijo, estableció el plan de crear al hombre a Su propia imagen. El hombre debía ser puesto a prueba. Debería ser probado y examinado; si soportaba la prueba de Dios y permanecía leal y verdadero a través de la primera prueba, no sería asediado por tentaciones continuas, sino que sería exaltado a la igualdad con los ángeles y, de ahí en adelante, hecho inmortal.

Adán y Eva salieron de las manos del Creador en la completa perfección de sus dones físicos, mentales y espirituales. Dios les plantó un jardín y los rodeó de todo lo que era bello y atractivo a los ojos, como requerían sus necesidades físicas. Esta santa pareja veía un mundo de insuperable belleza y gloria. El benevolente Creador les dio evidencias de Su bondad y amor al proveerles frutas, vegetales y granos, e hizo crecer en la tierra toda variedad de árboles útiles y hermosos.

La santa pareja miraba la Naturaleza como un cuadro de deslumbrante hermosura. La tierra, amarronada, estaba cubierta de un [13] tapiz vivo, verdoso, diversificado con variedades interminables de flores de perpetuación propia. Arbustos, flores y enredaderas embellecían el escenario con su exuberancia y fragancia. Las muchas variedades de árboles majestuosos estaban cargadas de frutos deliciosos de toda especie, adaptados para satisfacer el paladar y los deseos de los felices Adán y Eva. Dios proveyó este hogar edénico para nuestros primeros padres, dándoles evidencias inequívocas de Su gran amor y desvelo por ellos.

Adán fue coronado rey en el Edén. Le fue dado dominio sobre todos los seres vivientes que Dios había creado. El Señor bendijo a Adán y Eva con una inteligencia tal que Él no había dado a ninguna otra criatura. Confirió a Adán el poder sobre todas las obras creadas, de Sus manos. El hombre, hecho a la imagen divina, podría contemplar y apreciar las obras gloriosas de Dios en la Naturaleza.

Adán y Eva podían divisar la habilidad y la gloria de Dios en cada tallo de hierba, arbusto y flor. La belleza natural que los envolvía se reflejaba como un

espejo de la sabiduría, excelencia y amor de su Padre celestial. Sus cánticos de afecto y alabanza subían al Cielo suave y reverentemente, en armonía con los suaves cánticos de los elevados ángeles, y con la feliz pajarera que gorjeaba despreocupadamente sus músicas. No había enfermedad, decrepitud, ni muerte. La vida estaba en todo en lo que se pudieran posar los ojos. La atmósfera estaba llena de vida. Había vida en cada hoja, en cada flor y en cada árbol.

El Señor sabía que Adán no podía ser feliz sin el trabajo; por tanto, le dio la agradable ocupación de cuidar el jardín. A medida que él cuidaba de las cosas hermosas y útiles a su alrededor, podía ver la bondad y la gloria de Dios en Sus obras creadas. Adán tenía temas que contemplar en las obras de Dios en el Edén, que era una miniatura del Cielo. Dios no formó al hombre meramente para contemplar Sus obras gloriosas; pero le dio manos para trabajar, así como mente y corazón para contemplar.

Si la felicidad del hombre consistiera en no hacer nada, el Creador no habría señalado el trabajo para Adán. El hombre debería encontrar felicidad en el trabajo y también en la meditación. Adán debería tener en gran estima el hecho de que había sido creado a la imagen de Dios, a fin de ser semejante a Él en justicia y santidad. Su mente poseía la capacidad de cultivo continuo, expansión, refinamiento y nobleza, pues Dios era su maestro, y los ángeles sus compañeros.

## Capítulo 3 — El examen de la prueba

El Señor colocó al hombre bajo prueba para que pudiera formar un carácter de integridad comprobada, para su propia felicidad y para la gloria de su Creador. Él dotó a Adán con poderes de una mente superior, como ninguna otra criatura que Sus manos hicieron. Su superioridad mental era un poco menor que la de los ángeles. Estaba en condición de familiarizarse con la sublimidad y la gloria de la Naturaleza, y comprender el carácter del Padre celestial en Sus obras creadas. Las glorias del Edén, y todo aquello en que pudiera posar los ojos, testificaba del amor y del infinito poder de su Padre.

El desprendimiento fue la primera lección moral dada a Adán. El gobierno de todo le fue colocado en las manos. Juicio, razón y conciencia estaban bajo su dominio. «Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase. Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.»<sup>2</sup>

Adán y Eva tenían permiso de participar de todos los árboles del jardín, salvo uno. Había una única y simple prohibición. El árbol prohibido era tan atractivo y deseable como cualquier otro del jardín. Era llamado árbol del conocimiento porque, al participar de ese árbol, del cual Dios dijo, «de ella no comerás», ellos tendrían el conocimiento del pecado, experimentarían la desobediencia.

Eva salió de cerca de su esposo, para contemplar las cosas maravillosas de la Naturaleza, deleitándose en sus escenarios coloridos y en la fragancia de las flores, admirando la belleza de los árboles y arbustos. Se puso a pensar en la restricción que Dios les había impuesto en lo tocante al árbol de la ciencia del bien y del mal. Quedó deslumbrada con la belleza y abundancia que el Señor había provisto para la satisfacción de cada deseo. Todo esto, dijo ella, Dios nos lo dio para nuestra satisfacción. Todo es nuestro; porque Dios había dicho: «De todo árbol del huerto comerás libremente, mas del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás.»

Eva paseaba cerca del árbol prohibido, y fue despertando su curiosidad por descubrir cómo la muerte podría ocultarse en el fruto de ese agradable árbol. Quedó sorprendida al oír que sus interrogantes fueron captadas y repetidas por una extraña voz. «¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?»<sup>3</sup> Eva no percibió que había revelado sus pensamientos conversando audiblemente consigo misma; de esta manera, quedó grandemente atónita al oír que sus inquietudes eran respondidas por la serpiente. Realmente pensó que la serpiente le conocía los pensamientos y que debería ser muy sabia.

Le respondió: «Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: Ciertamente no moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.»<sup>4</sup>

Aquí el padre de la mentira hizo su aseveración en directa contradicción a la expresa palabra de Dios. Satanás aseguró a Eva que ella había sido creada inmortal, y que para ella no había posibilidad de morir. Le dijo que Dios sabía que si ella y su esposo comiesen del árbol del conocimiento, su comprensión sería iluminada, expandida, enaltecida, volviéndose iguales a Él mismo. Y la serpiente respondió a Eva que la orden de Dios, prohibiéndoles comer del árbol del conocimiento, fue dada para conservarlos en tal estado de subordinación que les vedara el conocimiento, el cual era poder. Le aseguró que el fruto de este árbol era deseable por encima de todos los del jardín, para hacerlos sabios y exaltarlos a la igualdad con Dios. Él os rehusó, dijo la serpiente, el fruto de este árbol, el cual, entre todos los árboles, es el más deseable por su delicioso sabor e influencia estimulante.

Eva pensó que el discurso de la serpiente era muy sabio, y que la prohibición de Dios era injusta. Miraba con ardiente deseo el árbol cargado de frutos que parecían muy deliciosos.

La serpiente estaba comiéndolos con evidente deleite. Eva ahora deseaba este fruto más que todas las variedades que Dios le había puesto al alcance, con pleno derecho de uso.

Eva exageró las palabras de la orden de Dios. Él dijo a Adán y Eva: «Mas del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás; porque el día en que de ella comieres, ciertamente morirás.» En la discusión de Eva con la serpiente, ella añadió: «Ni le tocaréis.» Aquí apareció la sutileza de la serpiente. Esta cita de Eva le dio ventaja; cosechó el fruto y lo colocó en las manos de Eva, usando sus propias palabras. «Dios dijo que morirías si tocabas el fruto. Ves, ningún mal te sucedió al tocarlo; tampoco recibirás daño alguno al comerlo.»

Eva cedió al mentiroso sofisma del diablo en forma de serpiente. Al comer el fruto no se apercibió inmediatamente de ningún mal. Entonces ella misma tomó el fruto para sí y para su esposo. «Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.»<sup>5</sup>

Adán y Eva debían estar plenamente satisfechos con el conocimiento que recibieron de Dios por intermedio de Su obra creada y de las instrucciones de los santos ángeles. Sin embargo, su curiosidad fue despertada para enterarse de aquello que Dios designó que no debían conocer. La ignorancia del pecado era para su propia felicidad.

El elevado grado de conocimiento que ellos pensaban que obtendrían comiendo del fruto prohibido, los lanzó a la degradación del pecado y de la culpa.

---

<sup>2</sup>Génesis 2:15.

<sup>3</sup>Génesis 3:2.

<sup>4</sup>Génesis 3:3-5.

<sup>5</sup>Génesis 3:6.

## Capítulo 4 — Paraíso perdido

Adán fue expulsado del Edén; y los ángeles que antes de su transgresión habían sido designados para guardarlo en su hogar edénico, fueron ahora encargados de guardar los portales del paraíso y el camino del árbol de la vida, a fin de que él no regresara, teniendo acceso al mismo, inmortalizando, de esta manera, el pecado.

El pecado alejó al hombre del paraíso y fue la causa de la retirada del paraíso de la Tierra. Como consecuencia de la transgresión de la ley de Dios, Adán lo perdió. En obediencia a la ley del Padre y a través de la expiación de la sangre de Su Hijo, el paraíso será restituido. «Arrepentimiento para con Dios», porque Su ley fue transgredida, y fe en nuestro Señor Jesucristo como único Redentor del hombre, serán aceptados por Dios. No obstante la naturaleza pecaminosa del hombre, los méritos del querido Hijo de Dios en su favor serán eficaces delante del Padre.

Satanás estaba determinado a tener éxito en su tentación a la pareja inmaculada. Podía atacar a esta santa pareja con más éxito por medio del apetito que de cualquier otra manera. El fruto del árbol prohibido parecía agradable a la vista y deseable al paladar. Comieron y cayeron. Transgredieron los justos mandamientos de Dios y se volvieron pecadores. La victoria de Satanás fue completa. Así obtuvo ventaja sobre la raza humana. Se exaltó a través de su sutileza, oponiéndose al propósito de Dios en la creación del hombre.

Satanás se exaltó orgullosamente delante de Cristo y delante de los ángeles leales por haber tenido éxito en llevar a una parte de los ángeles del Cielo a unírsele en su presuntuosa rebelión, y ahora, que había tenido éxito en dominar a Adán y Eva, afirmaba que el hogar edénico era suyo. Orgullosamente se jactaba de que el mundo que había sido creado por Dios era su dominio; habiendo conquistado a Adán, el monarca del mundo, había ganado a la raza humana como su vasallo y debería ahora poseer el Edén, convirtiéndolo en su cuartel general; allí establecería su trono y sería el monarca del mundo.

Sin embargo, se tomaron medidas inmediatamente en el Cielo para derrotar a Satanás y sus planes. Poderosos ángeles, teniendo rayos de luz como espadas flameantes, salieron en todas direcciones y fueron colocados como centinelas para guardar el camino al árbol de la vida, de la aproximación de Satanás y de la pareja culpable. Adán y Eva perdieron todo derecho a su maravilloso hogar edénico y ahora fueron expulsados de él. La tierra fue maldecida a causa del pecado de Adán y produciría cardos y abrojos. Mientras viviera, Adán estaría expuesto a las tentaciones de Satanás y finalmente sufriría la muerte, volviendo al polvo.

## Capítulo 5 — Plan de redención

Hubo un concilio en el Cielo, resultando en la sumisión del amado Hijo de Dios para redimir al hombre de la maldición y desgracia de la caída de Adán, y derrotar a Satanás. ¡Oh, maravillosa condescendencia! La Majestad del Cielo, por causa de Su amor y piedad por el hombre caído, propuso hacerse su sustituto y fianza. Él cargaría la culpa del hombre. Tomaría sobre Sí mismo la condenación del Padre, la cual de otra manera caería sobre el hombre a causa de su desobediencia.

La ley de Dios era inalterable. No podría ser abolida ni sería posible ceder la menor parte de su exigencia para ayudar al hombre en su estado caído. El ser humano estaba separado de Dios por la transgresión de Su expreso mandamiento, a pesar de que Él había advertido a Adán de las consecuencias de tal transgresión. El pecado de Adán originó una situación deplorable. Satanás ahora tendría control ilimitado sobre la raza humana, a menos que un ser más poderoso que Satanás antes de su caída, entrara en acción y lo venciera, rescatando así al hombre.

El alma divina de Cristo se llenó de infinita compasión por la pareja caída. Al verificar su condición desdichada y desesperanzada, al ver que por la transgresión de la ley de Dios ellos cayeron bajo el poder y control del príncipe de las tinieblas, propuso el único medio que podría ser aceptable delante de Dios, dándoles otra oportunidad y colocándolos nuevamente bajo un período de prueba. Cristo consintió en dejar Su lugar de honor, Su autoridad real, Su gloria con el Padre, humillándose al humanizarse y al entrar en lucha con el poderoso príncipe de las tinieblas, a fin de salvar al hombre. Por medio de Su humillación y pobreza se identificaría con la fragilidad de la raza caída, y mediante resuelta obediencia mostraría ser capaz de redimir la clamorosa falla de Adán y por humilde obediencia reconquistaría el Edén perdido.

La gran obra de la redención solo podría ser efectuada por el Redentor, al tomar el lugar del Adán caído. Llevando sobre Sí los pecados del mundo, Él podría transitar el camino en que Adán tropezó. Soportaría una prueba

infinitamente más severa que aquella que Adán falló en soportar. Acreditaría a la cuenta del hombre, al derrotar al tentador por medio de la obediencia, Su pureza de carácter y serena integridad, imputando al hombre Su justicia, para que, en Su nombre, el ser humano pudiera superar al enemigo por iniciativa propia.

¡Qué amor! ¡Qué extraordinaria condescendencia! ¡El Rey de gloria propuso humillarse a Sí mismo a la humanidad caída! Seguiría los pasos de Adán. Tomaría la naturaleza caída del hombre y Se empeñaría en la lucha contra el fuerte enemigo que había triunfado sobre Adán. Vencería a Satanás y, así haciendo, abriría el camino para la reparación de la falla y de la desventurada caída de Adán y de todos aquellos que creyeran en Él.

Ángeles sometidos a prueba fueron engañados por Satanás y fueron liderados por él en una gran rebelión en los Cielos, contra Cristo. Fallaron en soportar la prueba a la que fueron sometidos y cayeron. Adán fue creado a imagen de Dios y puesto a prueba. Tenía un organismo perfectamente desarrollado. Todas sus facultades eran armoniosas. En todas sus emociones, palabras y acciones había una perfecta conformidad con la voluntad de su Creador. Después de que Dios tomara todas las providencias para la felicidad del hombre, y hubiera suplido todos sus deseos, probó su lealtad. Si la santa pareja permanecía obediente, la raza humana sería, después de algún tiempo, hecha igual a los ángeles. Como Adán y Eva fallaron en soportar la prueba, Cristo propuso hacerse una ofrenda voluntaria en favor del hombre.

Satanás vio que si Cristo era en verdad el Hijo de Dios, el Redentor del mundo, no sería bueno para él que el Señor dejara las cortes reales del Cielo a fin de venir a este mundo caído. Temía que su poder, a partir de ese tiempo, fuera limitado y que sus engaños fueran discernidos y expuestos, y su influencia sobre el hombre fuera debilitada. Temía que su dominio y control de los reinos del mundo fueran contestados. Recordaba las palabras que Jehová le dirigió cuando fue convocado a Su presencia con Adán y Eva, a quienes había arruinado con sus engaños: «Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendiente. Este te herirá la cabeza, y tú le herirás el calcañar.» (Génesis 3:15)<sup>6</sup> Esta declaración contiene la primera promesa evangélica hecha al hombre.

Pero estas palabras, al ser pronunciadas, no fueron completamente entendidas por Satanás. Sabía, sin embargo, que contenían la maldición para él por haber seducido a la santa pareja. Cuando Cristo se manifestó sobre la Tierra, Satanás temió que Él fuera en verdad el Prometido que limitaría su poder y finalmente lo destruiría.

Satanás tenía un interés peculiar en observar el desarrollo de los eventos que siguieron inmediatamente a la caída de Adán, para saber cómo su trabajo había afectado el reino de Dios, y lo que el Señor haría con Adán, a causa de su desobediencia.

El Hijo de Dios, al someterse a fin de hacerse el Redentor de la raza humana, colocó a Adán en una nueva relación con Su Creador. Continuaría aún en estado decaído, pero la puerta de la esperanza le había sido abierta. La condenación de Dios aún permanecería sobre Adán, pero la ejecución de la sentencia de muerte fue postergada y la indignación de Dios fue contenida porque Cristo aceptó la misión de hacerse el Redentor del hombre. Cristo tomó sobre Sí la ira de Dios, que por justicia debería caer sobre el hombre. Se hizo el refugio del ser humano y, a pesar de ser este en verdad un criminal, merecedor de la condenación de Dios, pudo, sin embargo, por la fe en Cristo, correr al refugio provisto y ser salvado. En medio de la muerte hay vida si el hombre elige aceptarla. El santo e infinito Dios, que mora en la luz inaccesible, no podía ya hablar al hombre. Ninguna comunicación podría ahora existir directamente entre el hombre y su Creador.

Dios se abstuvo, por algún tiempo, de la ejecución completa de la sentencia de muerte pronunciada sobre el hombre. Satanás exultó por haber roto para siempre la conexión entre el Cielo y la Tierra. Estaba, sin embargo, totalmente engañado y decepcionado. El Padre entregó el mundo a Su Hijo para que Él lo redimiera de la maldición y desgracia de la falla y caída de Adán. Únicamente a través de Cristo podría el Señor mantener comunión con el hombre.

Cristo voluntariamente se propuso mantener y vindicar la santidad de la ley divina. No quitaría la mínima parte de sus exigencias en la obra de redimir al hombre, sino que, a fin de salvarlo y mantener la santidad de los reclamos y

justicia de la ley del Padre, Él se entregó a Sí mismo en sacrificio por la culpa del hombre. En Su vida, en ningún sentido se desvió Cristo de la ley de Su Padre. Al contrario, por firme obediencia a todos sus preceptos, y muriendo por los pecados de aquellos que los habían transgredido, estableció Él su inmutabilidad.

Tras la transgresión de Adán, vio Él que la ruina fue completa. La raza humana fue llevada a una deplorable condición. El hombre fue cortado de su interconexión con Dios. Era designio de Satanás que el estado del hombre fuera el mismo de los ángeles caídos, en rebelión contra Dios, insatisfecho, sin un vislumbre de esperanza. Razonaba que si Dios perdonaba al hombre pecador que había creado, también lo perdonaría a él y a sus ángeles, y los recibiría a todos en Su favor. Sin embargo, sería decepcionado.

El divino Hijo de Dios vio que ningún instrumento, sino Él mismo, podría salvar al hombre, y determinó salvarlo. Dejó que los ángeles caídos perecieran en su rebelión, pero extendió la mano para rescatar al hombre que perecía. Los ángeles que se rebelaron fueron tratados de acuerdo con la luz y experiencia que abundantemente habían usufructuado en el Cielo. Satanás, el jefe de los ángeles caídos, tuvo una vez una posición exaltada en el Cielo. Era el más honrado después de Cristo. El conocimiento que él, así como los ángeles que con él cayeron, tenían del carácter de Dios, de Su bondad, Su misericordia, sabiduría y excelente gloria, les hizo la culpa imperdonable.

No había posibilidad de esperanza de redención para estos que habían testificado y compartido de la gloria inexpresable del Cielo, habían visto la terrible majestad de Dios y, en presencia de toda esta gloria, aún se rebelaron contra Él. No habría nuevas y maravillosas exhibiciones del exaltado poder de Dios que pudieran impresionarlos tan profundamente como aquellas que ya habían testificado. Si fueron capaces de rebelarse justamente en la presencia de inexpresable gloria, no podrían ser colocados en ninguna condición más favorable para ser probados. No había reserva de poder, ni grandes alturas o profundidades de la gloria infinita, para sobrepasar sus celosas dudas y murmurantes rebeliones. Su culpa y castigo deberían ser proporcionales a sus exaltados privilegios en las cortes celestiales.

---

<sup>6</sup> Génesis 3:15.

## Capítulo 6 — Ofrendas de sacrificios

El hombre caído, a causa de su culpa, ya no podía acercarse a Dios con sus súplicas, porque la transgresión de la ley divina había puesto una barrera infranqueable entre el Dios santo y el transgresor. Sin embargo, se concibió un plan en el que la sentencia de muerte recaería sobre un Sustituto. En el plan de la redención habría derramamiento de sangre, porque la muerte debía ocurrir como consecuencia del pecado del hombre. El animal a ser sacrificado como ofrenda prefiguraba a Cristo. Al matar a la víctima, el hombre vería el cumplimiento de las palabras de Dios: «Ciertamente morirás». El derramamiento de la sangre de la víctima significaría también la expiación. No había ninguna virtud en la sangre de animales; pero su derramamiento apuntaría a un Redentor que un día vendría al mundo y moriría por los pecados de los hombres. Así, Cristo vindicaría completamente la ley de Su Padre.

Satanás contemplaba con intenso interés cada evento relacionado con las ofrendas de sacrificios. La devoción y la solemnidad ligadas al derramamiento de la sangre de la víctima le causaban gran malestar. Para él, esta ceremonia estaba revestida de misterio; pero no era un estudiante obtuso. Inmediatamente descubrió que las ofrendas de sacrificios tipificaban alguna expiación futura para el hombre. Vio que estas ofrendas significaban arrepentimiento del pecado. Esto no se armonizaba con sus propósitos e inmediatamente comenzó a trabajar en el corazón de Caín con el fin de llevarlo a la rebelión contra la ofrenda de sacrificio que prefiguraba un Redentor venidero.

El arrepentimiento de Adán, evidenciado por su tristeza por la transgresión y su esperanza de salvación a través de Cristo, mostrada por sus obras en las ofrendas de sacrificios, constituía un desapuntamiento para Satanás. Esperaba constantemente ganarse a Adán a fin de unirse a él en la murmuración contra Dios y rebelarse contra Su autoridad. Caín y Abel fueron representantes de dos grandes clases. Abel, como sacerdote, con fe solemne ofreció su sacrificio. Caín estaba deseoso de ofrecer los frutos de la tierra, pero se negó a relacionar su ofrenda con sangre de animales. Su corazón se negaba a mostrar arrepentimiento

del pecado y fe en un Salvador, por medio de la ofrenda de sangre de animales. Se negó a admitir su necesidad de un Redentor. Esto para su corazón orgulloso era dependencia y humillación.

Pero Abel, por la fe en un futuro Redentor, ofreció a Dios un sacrificio más aceptable que Caín. Su ofrenda de sangre de animales significaba que él era pecador y tenía pecados que abandonar, y se arrepentía, y creía en la eficacia de la sangre de la gran ofrenda futura. Satanás es padre de la incredulidad, la murmuración y la rebelión. Llenó a Caín de dudas y furor contra su hermano inocente y contra Dios, porque su sacrificio fue rechazado y el de Abel aceptado. Y en su ira insana asesinó a su hermano.

Las ofrendas sacrificiales fueron instituidas a fin de ser una garantía permanente para el hombre en cuanto al perdón de Dios, a través del gran sacrificio a ser hecho, tipificado por la sangre de animales. Por medio de esta ceremonia, el hombre demostraba arrepentimiento, obediencia y fe en un Redentor que habría de venir. Lo que hizo inaceptable la ofrenda de Caín ante Dios fue su falta de sumisión y obediencia a la orden por Él designada. Pensó que su propio plan de ofrecer a Dios meramente el fruto de la tierra era noble y menos humillante que la ofrenda de la sangre de animales, que demostraba dependencia de otro y así expresaba la propia debilidad y pecaminosidad. Caín despreciaba la sangre de la expiación.

Adán, al transgredir la ley de Jehová, abrió la puerta a Satanás, quien plantó su estandarte en el seno de la primera familia. Fue, en verdad, llevado a sentir que el salario del pecado es la muerte. Satanás planeó ganar el Edén engañando a nuestros primeros padres; sin embargo, en esto fue desapuntado. En vez de obtener para sí mismo el Edén, ahora temía perder todo lo que había reclamado del Edén. Su sagacidad pudo trazar la significación de esas ofrendas, que señalaban al hombre el Redentor venidero y, por el momento, eran la expiación típica para el pecado del hombre caído, abriendo la puerta de la esperanza para la raza humana.

La rebelión de Satanás contra Dios fue resuelta. Trabajaba en una condición de guerra contra el reino de Dios, con perseverancia y notable fortaleza, dignas de mejor causa.

## Capítulo 7 — **Apetito y pasión**

El mundo se había vuelto tan corrupto a través de la condescendencia con el apetito y la pasión envilecida, en los días de Noé, que Dios destruyó a sus habitantes por las aguas del Diluvio. Al multiplicarse los hombres sobre la Tierra, la condescendencia con el vino causaba una perversa intoxicación de los sentidos y preparaba el camino para el intoxicante consumo de carne y el fortalecimiento de las pasiones animalescas. Los hombres se levantaron contra el Dios de los Cielos; y sus facultades y oportunidades fueron dedicadas a la autoglorificación, en lugar de honrar a su Creador. Satanás obtuvo fácilmente acceso al corazón de los hombres. Él es un diligente estudioso de la Biblia y está más familiarizado con las profecías que muchos profesos religiosos. Sabe que le interesa mantenerse bien informado sobre los propósitos revelados de Dios, para poder deshacer los planes del Infinito.

Así, los infieles frecuentemente estudian las Escrituras con más diligencia que algunos que profesan ser guiados por ellas. Algunos incrédulos investigan las Escrituras para familiarizarse con la verdad bíblica y proveerse de argumentos, para hacer parecer que la Biblia se contradice. Muchos cristianos profesos son tan ignorantes de la Palabra de Dios, por la negligencia de su estudio, que quedan cegados por el razonamiento engañoso de aquellos que pervierten la verdad sagrada desviando almas del consejo de Dios, presentado en Su Palabra.

Satanás vio en las ofrendas típicas un Redentor esperado, que salvaría al hombre de su control. Lanzó sus planes profundos para dominar el corazón de los hombres de generación en generación, y para cegar su entendimiento en cuanto a las profecías, a fin de que, cuando Jesús viniera, el pueblo lo rechazara como su Salvador.

Dios designó a Moisés para liberar a Su pueblo de la esclavitud de la tierra de Egipto, para que pudieran consagrarse a fin de servirle con perfección de corazón, y ser un tesoro peculiar. Moisés era su líder visible, mientras que Cristo estaba al frente de los ejércitos de Israel, su Líder invisible. Si hubieran tenido la debida comprensión de lo que sucedía, no se habrían rebelado y provocado a Dios

en el desierto, con sus murmuraciones irrazonables. Dios dijo a Moisés: «He aquí yo envío un Ángel delante de ti para que te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que yo he preparado. Guárdate delante de Él, y oye Su voz; no le seas rebelde, porque Él no perdonará vuestra rebelión, pues Mi nombre está en Él» (Éxodo 23:20, 21)<sup>7</sup>.

Cuando Cristo, como líder, ángel guardián, condescendió en comandar los ejércitos de Israel a través del desierto hasta Canaán, Satanás fue provocado, pues sintió que su poder no sería capaz de controlarlos tan bien. Sin embargo, al ver que los ejércitos de Israel eran fácilmente influenciados e incitados a la rebelión por sus insinuaciones, tuvo la esperanza de llevarlos a la murmuración y al pecado, lo que traería sobre ellos la ira de Dios. Al verificar que su poder era admitido por los hombres, se volvió audaz en sus tentaciones, incitándolos al crimen y a la violencia. Por medio de los engaños de Satanás, cada generación se iba volviendo más débil en poder físico, mental y moral. Esto le dio valor para pensar en la posibilidad de tener éxito en su guerra contra Cristo en persona, cuando Él se manifestara.

Son pocos en cada generación desde Adán los que han resistido a sus artificios y han permanecido como nobles representantes de lo que el hombre en su poder es capaz de hacer y ser, mientras Cristo coopera con los esfuerzos humanos para ayudar al hombre a sobreponerse al poder de Satanás. Enoc y Elías son representantes correctos de lo que la raza puede ser, por medio de la fe en nuestro Señor Jesucristo. Satanás quedó grandemente perturbado porque estos hombres nobles y santos eran inmaculados en medio de la corrupción que los rodeaba, formando un carácter perfectamente justo y siendo considerados dignos de la traslación al Cielo. Al permanecer firmes en poder moral, en la justicia ennoblecedora, venciendo las tentaciones de Satanás, él no podía ponerlos bajo el dominio de la muerte. Se jactó de que tenía poder, con sus tentaciones, para dominar a Moisés, y que podría manchar su noble carácter y llevarlo a pecar, tomando para sí, delante del pueblo, la gloria que pertenecía a Dios.

Cristo resucitó a Moisés y lo llevó al Cielo. Esto exasperó a Satanás, llevándolo a acusar al Hijo de Dios de invadir su dominio, robando de la sepultura su

legítima presa. Dijo Judas, refiriéndose a la resurrección de Moisés: «Pero cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo, y disputaba sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: El Señor te reprenda» (Judas 9)<sup>8</sup>.

Cuando Satanás tiene éxito en tentar a las personas a quienes Dios ha honrado especialmente a cometer graves pecados, él triunfa, porque gana para sí mismo una gran victoria y causa daño al reino de Cristo.

---

<sup>7</sup> Éxodo 23:20, 21.

<sup>8</sup> Judas 9.

## Capítulo 8 — Una amenaza al reino de Satanás

Por ocasión del nacimiento de Cristo, Satanás vio las llanuras de Belén iluminadas por la brillante gloria de una multitud de ángeles celestiales. Oyó su cántico: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los hombres en quienes Él se complace» (Lucas 2:14)<sup>9</sup>. El príncipe de las tinieblas vio a los pastores maravillados, llenos de temor, observando las llanuras iluminadas. Temblaban ante la exhibición de deslumbrante gloria que parecía penetrar sus sentidos. El propio jefe rebelde tembló ante la proclamación del ángel a los pastores: «No temáis, porque he aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor» (Lucas 2:10, 11)<sup>10</sup>. Había delineado con gran éxito un plan para arruinar a los hombres y se había vuelto audaz y poderoso. Había controlado la mente y el cuerpo de los hombres desde Adán hasta la primera aparición de Cristo. Pero ahora Satanás se encontraba en apuros y alarmado por su reino y su propia vida.

Por el cántico de los mensajeros celestiales, que proclamaban el advenimiento del Salvador al mundo caído, y el regocijo expresado en este gran evento, Satanás supo que no le estaba reservada cosa buena. Un *sombrío presagio* se abatió sobre su mente: lo que la influencia de este advenimiento al mundo podría causar a su reino. Se preguntaba si no sería esta la venida de Aquel que disputaría su poder y destruiría su reino. Consideró a Cristo, desde Su nacimiento, como un rival. Excitó la envidia y los celos de Herodes para destruir a Cristo, insinuando que su poder y su reino estaban a punto de ser dados a Este nuevo Rey. Satanás imbuyó a Herodes de los mismos sentimientos y temor que perturbaban su propia mente. Inspiró la intención corrupta de Herodes de matar a todos los niños de Belén que tenían hasta dos años de edad, plan este, pensaba él, que tendría éxito en librar la Tierra del infante Rey.

Todavía, contra sus planes, Satanás ve un poder superior operando. Ángeles de Dios protegían la vida del infante Redentor. José fue avisado en sueño que huyese para Egipto, encontrando asilo para el Redentor del mundo en una tierra

pagana. Satanás Lo siguió desde la infancia hasta la juventud y de la juventud hasta la vida adulta, ideando medios y maneras para desviarlo de Su sumisión a Dios y dominarlo con sus sutiles tentaciones. La inmaculada pureza de la infancia, juventud y vida adulta de Cristo, que Satanás no podía empañar, lo enfurecía sobremanera. Todos sus dardos y flechas de tentaciones caían inofensivas delante del Hijo de Dios. Y cuando él vio que todas sus tentaciones no resultaban en nada para disuadir a Cristo de Su leal integridad, o macular la impecable pureza del Joven Galileo, quedó perplejo y terriblemente enfurecido. Miraba a ese Joven como un enemigo al que *más temía y recelaba*.

Ese debería ser Aquel que andaría sobre la Tierra con *poder moral* para resistir todas sus tentaciones, que resistiría a todas sus atractivas seducciones para persuadirlo a pecar, y sobre quien él no obtendría ventaja alguna para separarlo de Dios. Todo esto provocaba e irritaba a su *majestad satánica*.

La infancia, juventud y vida adulta de Juan, que vino en el espíritu y poder de Elías para hacer una obra de preparación del camino para el Redentor del mundo, fue marcada por firmeza y *poder moral*. Satanás no pudo apartarlo de su integridad. Cuando la voz del profeta fue oída en el desierto: «Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas» (Mateo 3:3)<sup>11</sup>, Satanás temió *por su reino*. Sintió que la voz, sonando en el desierto como sonido de trompeta, hacía temblar a los pecadores bajo su control. Vio que su poder sobre muchos estaba quebrantado. La intensidad del pecado fue revelada de tal manera que los hombres quedaron alarmados; y algunos, por el arrepentimiento de sus pecados, encontraron el favor de Dios y obtuvieron poder moral para resistir a sus tentaciones.

Él estuvo presente cuando Cristo Se presentó a Juan para el bautismo. Oyó la voz majestuosa resonando a través del Cielo y haciendo eco por la Tierra como estruendo de trueno. Vio los relámpagos de las nubes de los cielos y oyó las respetables palabras de Jehová: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mateo 3:17)<sup>12</sup>. Vio el resplandor de la gloria del Padre cubriendo la forma de Jesús, señalando así a la multitud a Aquel a quien Él reconocía como Su Hijo, con innegable seguridad. Las circunstancias relacionadas con la escena

bautismal despertaron el más intenso odio en el pecho de Satanás. Ahora sabía con certeza que, si no pudiese dominar a Cristo, a partir de ese tiempo su poder sería limitado. Comprendió que la comunicación del trono de Dios significaba que el Cielo estaba más directamente accesible al hombre.

Al llevar Satanás al hombre a pecar, tenía esperanzas de que la repugnancia de Dios al pecado lo separaría para siempre del hombre y rompería el lazo de unión entre el Cielo y la Tierra. El abrir de los Cielos en conexión con la voz de Dios dirigida a Su Hijo fue como un *golpe mortal* para Satanás. Temió que Dios estaba ahora más dispuesto a unir al hombre a Sí mismo y conferirle poder para vencer sus ardides. Y con este propósito Cristo vino de las cortes reales a la Tierra. Satanás estaba bien consciente de la posición honrosa que Cristo ocupaba en el Cielo como Hijo de Dios, el amado del Padre. Al dejar el Cielo y venir a este mundo como hombre, esto lo llenó de aprensión por su seguridad. Él no podía comprender el misterio de este gran sacrificio en beneficio del hombre caído. Sabía que la valoración del Cielo excedía en mucho el anticipo y aprecio del hombre caído. El tesoro más valioso del mundo, él sabía, no se compara con su valor. Siendo que había perdido, por causa de su rebelión, todas las riquezas y puras glorias del Cielo, estaba determinado a ser vengativo, llevando a la humanidad, tanto cuanto posible, a desvalorizar el Cielo y a depositar las afecciones en los tesoros terrestres.

Era incomprensible, para el alma egoísta de Satanás, que pudiese existir tan grande benevolencia y amor para con una raza engañada, que indujese al Príncipe del Cielo a dejar Su hogar y venir al mundo manchado por el pecado y por la maldición. Conocía el *valor inestimable* de las riquezas eternas que el hombre desconocía. Tenía experiencia de la pura satisfacción, de la paz, de la exaltada santidad e *ilimitado gozo* del hogar celestial. Comprendía, antes de su rebelión, la satisfacción de la completa aprobación de Dios. Ya había tenido una completa apreciación de la gloria que envolvía al Padre y sabía que no había límite a Su poder.

Satanás sabía lo que había perdido. Ahora temía que su imperio sobre el mundo fuese disputado y quebrantado su poder. Sabía, por la profecía, que el

Salvador había sido predicho y que Su reino no sería establecido con triunfo terrestre y con honra y exhibición mundanas. Sabía que las profecías antiguas predecían un reino que sería establecido por el Príncipe del Cielo sobre la Tierra, la cual reclamaba como su dominio. Ese reino abarcaría todos los reinos del mundo y entonces su poder y su gloria cesarían y él recibiría su retribución por los pecados que había introducido en el mundo y la miseria que había traído sobre el hombre. Sabía que todo lo que concernía a su prosperidad estaba dependiendo de su éxito o fracaso en dominar a Cristo con sus tentaciones en el desierto. Trajo sobre Cristo todo artificio y toda la fuerza de sus tentaciones poderosas, para disuadirlo de Su obediencia.

Es imposible al hombre conocer la fuerza de las tentaciones de Satanás sobre el Hijo de Dios. Cada tentación que parece tan aflictiva al hombre en su vida cotidiana, tan difícil de ser resistida y dominada, fue traída sobre el Hijo de Dios en tan alto grado *cuanto* Su excelencia de carácter era superior a la del hombre caído.

Cristo fue tentado en todos los puntos como nosotros somos. Como representante del hombre Él Se aproximó de Dios en las pruebas y tentaciones. Enfrentó la fuerza intensa de Satanás. Cristo experimentó las más viles tentaciones y las venció en favor del hombre. Es imposible que el ser humano sea tentado por encima de lo que puede soportar mientras se apoya en Jesús, el *Conquistador infinito*.

---

<sup>9</sup> Lucas 2:14.

<sup>10</sup> Lucas 2:10, 11.

<sup>11</sup> Mateo 3:3.

<sup>12</sup> Mateo 3:17.

## Capítulo 9 — La tentación

En el desolado desierto, Él no estaba en una posición favorable para soportar las tentaciones de Satanás, como lo estaba Adán cuando fue tentado en el Edén. El Hijo de Dios se humilló a Sí mismo y tomó la naturaleza humana después de que la raza humana se hubo desviado del Edén por cuatro mil años, de su estado original de pureza y rectitud. El pecado marcó por siglos con sus terribles huellas a la raza humana; y la degeneración física, mental y moral prevaleció en toda la familia humana.

Cuando Adán fue asaltado por el tentador en el Edén, estaba sin la mancha del pecado. Se hallaba en la fuerza de una varonilidad perfecta. Todos los órganos y facultades de su ser estaban igualmente desarrollados y armoniosamente equilibrados.

Cristo, en el desierto de la tentación, estuvo en el lugar de Adán para soportar la prueba que este dejó de resistir. Aquí, Cristo venció en favor del pecador, cuatro mil años después de que Adán diera la espalda a la luz de su hogar.

Separada de la presencia de Dios, la familia humana se apartó más y más, en cada generación sucesiva, de la pureza y sabiduría originales, y del conocimiento que Adán poseía en el Edén. Cristo cargó con los pecados y enfermedades de la raza humana tal como existían cuando Él vino a la Tierra para ayudar al hombre. En favor de la raza humana, con las debilidades del hombre caído sobre Sí, enfrentó las tentaciones de Satanás en todos los puntos en que el hombre podía ser asaltado.

Adán estaba rodeado por todo aquello que deseaba su corazón. Todo su deseo era satisfecho. No había pecado ni señales de decadencia en el glorioso Edén. Ángeles de Dios conversaban libre y amorosamente con la santa pareja. Felices pájaros canoros entonaban libres y exultantes sus cánticos de alabanza al Creador. Los animales pacíficos, en feliz inocencia, jugaban alrededor de Adán y Eva, obedientes a su palabra. Adán estaba en su perfección de varonilidad, la

obra más noble del Creador. Era la imagen de Dios, un poco menor que los ángeles.

## Capítulo 10 — Cristo como segundo Adán

¡Qué contraste presentaba el segundo Adán cuando entró en el sombrío desierto para, a solas, enfrentar a Satanás! Desde la caída, la raza humana había disminuido en estatura y fuerza física, y decaído cada vez más en la escala del valor moral, hasta el período del primer advenimiento de Cristo a la Tierra. A fin de elevar al hombre caído, Cristo debía alcanzarlo donde este se encontraba. Tomó la naturaleza humana y cargó las enfermedades y degeneraciones de la raza humana. Aquel que no conoció pecado se hizo pecado por nosotros. Se humilló a sí mismo hasta las profundidades más bajas de la miseria humana, a fin de que pudiera calificarse para alcanzar al hombre y sacarlo de la degradación en la que el pecado lo había sumergido.

«Porque convenía que Aquel, por cuya causa y por quien todas las cosas existen, conduciendo muchos hijos a la gloria, perfeccionase por medio de sufrimientos al Autor de la salvación de ellos.»<sup>13</sup>

«Y, habiendo sido perfeccionado, llegó a ser el Autor de la salvación eterna para todos los que le obedecen.»<sup>14</sup>

«Por eso mismo convenía que, en todas las cosas, se hiciese semejante a sus hermanos, para ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para hacer propiciación por los pecados del pueblo. Pues en aquello que él mismo sufrió, siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.»<sup>15</sup>

«Porque no tenemos sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, antes fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.»<sup>16</sup>

Satanás ha estado en guerra con el gobierno de Dios desde su primera rebelión. Su éxito al tentar a Adán y Eva en el Edén, y al introducir el pecado en el mundo, ha animado a este archienemigo; se había jactado orgullosamente ante los ángeles celestes de que, cuando Cristo apareciera, tomando la naturaleza humana, sería más débil que él y que lo subyugaría por su poder.

Exultaba de que Adán y Eva en el Edén no resistieron a sus insinuaciones cuando apeló al apetito. A los habitantes del mundo antiguo los dominó de la misma manera por la condescendencia con el apetito, la lascivia y las pasiones corruptas. Por medio de la satisfacción del apetito derrotó a los israelitas. Se jactaba de que incluso el Hijo de Dios, que estuvo con Moisés y Josué, no fue capaz de resistir su poder y guiar a Canaán al pueblo favorecido por su elección, pues casi todos los que salieron de Egipto murieron en el desierto; también tentó al manso Moisés a tomar para sí la gloria que pertenecía a Dios. A David y Salomón, quienes fueron especialmente favorecidos por Dios, los indujo por medio de la condescendencia con el apetito y la pasión a incurrir en el desagrado de Dios. Se jactaba de que aún podría tener éxito en frustrar el propósito de Dios en la salvación del hombre a través de Cristo.

En la tentación del desierto, Cristo estuvo sin alimento por cuarenta días. Moisés, en situaciones especiales, también estuvo un largo período sin alimentación. Pero él no sintió las angustias del hambre. No fue tentado y atormentado por el vil y poderoso enemigo como lo fue el Hijo de Dios. Estaba por encima de lo humano, especialmente sostenido por la gloria de Dios, la cual lo envolvía.

---

<sup>13</sup> Hebreos 2:10.

<sup>14</sup> Hebreos 5:9.

<sup>15</sup> Hebreos 2:17, 18.

<sup>16</sup> Hebreos 4:15.

## **Capítulo 11 — Los efectos terribles del pecado sobre el hombre**

Satanás tuvo tanto éxito en engañar a los ángeles de Dios y arruinar al noble Adán, que pensaba que lograría vencer a Cristo en Su humillación. Contemplaba con exultación el resultado de sus tentaciones y el aumento del pecado en continua transgresión de la ley de Dios por más de cuatro mil años. Él causó la ruina de nuestros primeros padres y trajo el pecado y la muerte al mundo, arruinó multitudes en todas las épocas, países y clases. Por su poder ha controlado ciudades y naciones hasta que sus pecados provocaron la ira de Dios para destruirlas por fuego, agua, terremotos, hambre, espada y pestilencia. Por su sutileza e infatigables esfuerzos ha controlado el apetito, excitado y reforzado las pasiones hasta un punto tan temerario que ha desfigurado y casi borrado la imagen de Dios en el hombre. Su dignidad física y moral fue destruida a tal punto que presentaba una pálida semejanza del carácter y la noble perfección de la dignidad de Adán en el Edén.

Antes del primer advenimiento de Cristo, Satanás había rebajado al hombre de su exaltada pureza original, oscureciendo con el pecado aquel carácter áureo. El hombre a quien Dios creó como soberano en el Edén se transformó en esclavo en la Tierra, gimiendo bajo la maldición del pecado. La aureola de gloria, dada por Dios al santo Adán para cubrirlo como vestidura, le fue quitada después de la transgresión. La luz de la gloria de Dios no podía cubrir la desobediencia y el pecado. En lugar de la salud y la plenitud de bendiciones, la pobreza, las enfermedades y los sufrimientos de todo tipo se convirtieron en la porción de los hijos de Adán.

Satanás, a través de su poder seductor, ha llevado al hombre a la vana filosofía, a cuestionar y finalmente a descreer de la revelación divina y de la existencia de Dios. Contempló por doquier un mundo de moral baja y expuso a la raza humana a la condenación del pecado por un Dios vengativo, con cruel triunfo, teniendo éxito en oscurecer el camino de muchos, llevándolos a

transgredir la ley de Dios. Revistió el pecado con agradables atractivos para asegurar la ruina de muchos.

Pero su plan más exitoso para engañar al hombre ha consistido en ocultar sus propósitos reales y su verdadero carácter, representándose a sí mismo como amigo del hombre —un benefactor de la raza. Él corteja a los hombres con la agradable trama de que no existe enemigo rebelde y mortal del cual necesiten precaverse y de que la existencia de un diablo personal es *pura ficción*; y mientras esconde su existencia, está reuniendo a miles de los que están bajo su control. Está engañando a muchos, como intentó engañar a Cristo, diciendo que es un ángel del Cielo, haciendo buen trabajo por la humanidad. Las masas se encuentran tan ciegas por el pecado que no pueden discernir las artimañas de Satanás, honrándolo como ángel celestial, mientras está operando su *eterna ruina*.

## Capítulo 12 — La primera tentación de Cristo

Cristo entró en el mundo como el destructor de Satanás y el Redentor de los cautivos presos por su poder. Dejaría un ejemplo en Su propia vida victoriosa para que el hombre lo siguiera y así venciera las tentaciones de Satanás.

Tan pronto como Cristo entró en el desierto de la tentación, Su aspecto cambió. La gloria y el esplendor que se reflejaban del trono de Dios y Su aprobación cuando los cielos se abrieron delante de Él, la voz del Padre reconociéndole como Su Hijo, en quien Él se complacía, ahora se habían ido. El peso del pecado del mundo estaba oprimiéndole el alma; y Su semblante expresaba una tristeza inexpresable, una profunda angustia que ningún hombre caído jamás imaginó. Él sintió la abrumadora corriente de angustia que inundaba el mundo. Experimentó la fuerza de la condescendencia con el apetito y la pasión mundana que controlan el mundo y han traído sobre el hombre sufrimientos inexpresables.

La condescendencia con el apetito ha aumentado y se ha fortalecido en todas las generaciones sucesivas, desde la transgresión de Adán hasta que la raza humana se volvió tan frágil en poder moral que no pudo vencer en su propia fuerza. Cristo, en favor de la raza humana, debía vencer el apetito, soportando la prueba más poderosa al respecto. Debía recorrer solo la senda de la tentación, sin que nadie le ayudara, sin ningún consuelo ni apoyo. Solo debía luchar contra los poderes de las tinieblas.

Como el hombre en su fuerza humana no podría resistir el poder de las tentaciones de Satanás, Jesús voluntariamente asumió la misión a fin de llevar la carga del hombre y vencer el poder del apetito en su favor. En favor del hombre, Él debía mostrar desprendimiento, perseverancia y firmeza de principios soberanos, incluso frente a la atormentadora angustia del hambre. Debía mostrar un poder de control más fuerte que el hambre y la misma muerte.

## Capítulo 13 — Significado de la prueba

Cuando Cristo soportó la prueba de la tentación sobre el apetito, Él no estaba en la belleza del Edén, como Adán, con la luz y el amor de Dios visibles en todo lo que sus ojos contemplaban; sino que se encontraba en un desierto estéril y desolado, rodeado de animales salvajes. Todo a Su alrededor era repulsivo. En ese ambiente, ayunó cuarenta días y cuarenta noches, «y en aquellos días no comió nada» (Lucas 4:2)<sup>17</sup>. Estaba debilitado por el largo ayuno y experimentó una agudísima sensación de hambre. Su semblante estaba, en verdad, más demacrado que el de los hijos de los hombres.

Así, Cristo entró en el conflicto para vencer al poderoso enemigo, soportando toda la prueba que Adán falló en soportar, para que a través del éxito en este conflicto pudiera quebrar el poder de Satanás y redimir a la raza humana de la desgracia de la caída.

Todo estaba perdido cuando Adán se sometió al poder del apetito. El Redentor, en quien lo humano y lo divino estaban unidos, tomó el lugar de Adán y soportó el terrible ayuno durante casi seis semanas. La duración de este ayuno es la evidencia más fuerte de la gran pecaminosidad del apetito degradado y del poder que este tiene sobre la familia humana.

La humanidad de Cristo alcanzó la más profunda miseria humana y se identificó con las fragilidades y necesidades del hombre caído, mientras Su naturaleza divina se aferraba al Eterno. Su obra al cargar con la culpa del hombre transgresor no Le dio licencia para seguir violando la ley de Dios, porque la transgresión hizo del hombre un deudor ante la ley, y Cristo mismo estaba pagando este débito con Sus propios sufrimientos. Las pruebas y sufrimientos de Cristo tenían como objetivo impresionar al hombre con el sentido de su gran pecado al quebrantar la ley de Dios, y llevarlo al arrepentimiento y obediencia a la ley, y a través de la obediencia hacerlo aceptable a Dios. Él imputaría Su justicia al hombre y así aumentaría su valor moral ante Dios, para que sus esfuerzos por guardar la ley divina pudieran ser aceptados. El trabajo de Cristo consistía en

reconciliar al hombre con Dios, a través de Su naturaleza humana, y a Dios con el hombre a través de Su naturaleza divina.

Tan pronto como comenzó el largo ayuno de Cristo, Satanás estaba listo con sus tentaciones. Vino a Cristo disfrazado de luz, afirmando ser uno de los ángeles del trono de Dios, enviado con una misión de misericordia para simpatizar con Él y aliviar Su condición de sufrimiento. Intentaba hacer que Cristo creyera que Dios no requería de Él que experimentara la abnegación y los sufrimientos que anticipaba; que había sido enviado del Cielo para traerle el mensaje de que Dios solo pretendía probar Su disposición a soportar.

Satanás dijo a Cristo que Él debía poner los pies en el camino ensangrentado, pero no debía andar por él, como lo había hecho Abraham cuando fue probado, para mostrar Su perfecta obediencia. Incluso mencionó que era el ángel que detuvo la mano de Abraham cuando el cuchillo fue levantado para matar a Isaac, y que ahora venía para salvarle la vida; que no era necesario que Él soportara el dolor de esta hambre y muerte por inanición; que él Lo ayudaría a soportar el trabajo en el plan de salvación.

El Hijo de Dios se apartó de todas estas tentaciones astutas y permaneció en Su propósito de llevar adelante en detalle, en espíritu y en letra, el plan que había sido delineado para la redención de la raza caída. Pero Satanás tenía diferentes maneras de tentaciones, preparadas para engañar a Cristo y obtener ventajas sobre Él; si fallaba en una tentación, intentaría otra. Pensaba que tendría éxito porque Cristo se había humillado a Sí mismo como hombre. Halagó su supuesto carácter como el de un ángel celestial y que no sería descubierto. Simuló dudar de la divinidad de Cristo porque Su apariencia estaba debilitada y se hallaba en un ambiente desfavorable.

Cristo sabía que al tomar la naturaleza humana no sería igual a los ángeles del Cielo en apariencia. Satanás insistía en que si Él era realmente el Hijo de Dios, debería darle evidencia de Su exaltado carácter. Se aproximó a Cristo con tentaciones sobre el apetito. Él venció a Adán en este punto y controló a sus descendientes, y a través de la complacencia con el apetito, los llevó a provocar a

Dios por la iniquidad, llegando al punto de que los crímenes fueron tan grandes que el Señor los destruyó de la Tierra por las aguas del Diluvio.

Bajo las tentaciones directas de Satanás, los hijos de Israel dejaron que el apetito controlara la razón, y por la complacencia fueron llevados a cometer pecados graves que atrajeron sobre ellos la ira de Dios, y cayeron en el desierto. Él pensaba que podría vencer con éxito a Cristo con las mismas tentaciones. Satanás dijo a Cristo que uno de los ángeles exaltados había sido exiliado en la Tierra, que Su apariencia indicaba que, en lugar de ser el Rey del Cielo, Él era el ángel caído y que esto explicaba Su apariencia demacrada y afligida.

---

<sup>17</sup> Lucas 4:2.

## **Capítulo 14 — Cristo no obró milagros para sí mismo**

Él llamó la atención de Cristo sobre su propia apariencia atractiva, vestido de luz y fuerte en poder. Afirmaba ser un mensajero directo del trono del Cielo. Aseveraba que tenía el derecho de exigir a Cristo evidencias de ser Él el Hijo de Dios. Satanás estaba decidido a descreer, si fuera posible, de las palabras que fueron dirigidas desde los Cielos al Hijo de Dios con ocasión de Su bautismo. Determinó vencer a Cristo y, si fuera posible, construir su propio reino y asegurar su vida. La primera tentación que Satanás presentó a Cristo se refería al apetito. En este punto tenía dominio casi completo sobre el mundo, siendo sus tentaciones adaptadas a las circunstancias y al entorno de Cristo, de tal manera que eran casi insoportables.

Cristo podría haber obrado un milagro en Su propio beneficio; sin embargo, esto no estaría de acuerdo con el plan de salvación. Los muchos milagros en la vida de Cristo demostraron Su poder para obrar milagros en beneficio de la humanidad sufriente. Por un milagro de misericordia Él alimentó de una sola vez a cinco mil, con cinco panes y dos pececillos. Por lo tanto, Él tenía poder para obrar milagros y saciar Su propia hambre. Satanás se lisonjeaba a sí mismo de que podría llevar a Cristo a dudar de las palabras dichas desde el Cielo con ocasión de Su bautismo. Si él pudiera tentarle a cuestionar Su filiación y a dudar de la verdad de las palabras dichas por Su Padre, ganaría una gran victoria.

Encontró a Cristo en el desolado desierto, sin compañeros, sin alimento y sufriendo. El ambiente era el más melancólico y repulsivo. Satanás sugirió a Cristo que Dios no dejaría a Su Hijo en esta condición de necesidad y sufrimiento. Esperaba quebrantar la confianza de Cristo en Su Padre, quien había permitido que Él llegara a esta condición de extremo sufrimiento en el desierto, donde pies de hombre alguno jamás habían pisado. Satanás anhelaba poder insinuar dudas en cuanto al amor del Padre por el Hijo, encontrando cobijo en la mente de Cristo, para que, bajo la fuerza de la desesperación y el hambre extrema, Él

ejerciera el poder milagroso en Su propio favor, liberándose de las manos del Padre celestial. Esto, realmente, era una tentación para Cristo. Pero Él no la albergó ni por un momento. No dudó ni por un instante del amor del Padre celestial, aunque quebrantado por inexpresable angustia. Las tentaciones de Satanás, si bien preparadas con mucha pericia, no quebrantaron la integridad del amado Hijo de Dios. Su confianza reposaba en Su Padre, y no podía ser conmovida.

## Capítulo 15 — No discutía con la tentación

Jesús no condescendió en explicar a Su enemigo que Él era el Hijo de Dios y, como tal, de qué manera debía actuar. De modo insultante y escarnecedor, Satanás se refiere a la presente debilidad y apariencia decaída de Cristo, en contraste con Su fuerza y gloria. Insultaba a Cristo como si fuera un representante muy pobre de los ángeles, y mucho menos de Su exaltado Comandante, el reconocido Rey en las cortes reales, y que Su presente apariencia indicaba que Él estaba olvidado de Dios y del hombre. Dijo que si Cristo fuera en verdad el Hijo de Dios, el monarca del Cielo, tendría poder igual al de Dios y debería darle una evidencia de esto aliviando Su hambre mediante la operación de un milagro, transformando en pan la piedra que estaba a Sus pies. Satanás prometió que si Cristo hacía esto, él se sometería inmediatamente a Sus reivindicaciones de superioridad, y que la lucha entre él y Cristo terminaría para siempre.

Cristo no prestó atención a las insinuaciones injuriosas de Satanás. No Se sintió provocado a darle pruebas de Su poder, sino que mansamente soportó sus insultos sin retribución. Las palabras proferidas del Cielo con ocasión de Su bautismo fueron preciosas evidencias para Él de que Su Padre aprobaba los pasos que Él estaba siguiendo en el plan de la salvación, como sustituto y fiador del hombre. La apertura de los Cielos y el descender de la paloma celestial eran confirmaciones de que el Padre uniría Su poder en el Cielo al de Su Hijo en la Tierra, para socorrer al hombre contra el dominio de Satanás, y de que Dios había aceptado los esfuerzos de Cristo para ligar la Tierra al Cielo, y al hombre finito al infinito Dios.

Los signos recibidos del Padre eran expresivamente preciosos para el Hijo de Dios, a lo largo de todos Sus severos sufrimientos y el terrible conflicto con el comandante rebelde. Mientras soportaba la prueba de Dios en el desierto y durante todo Su ministerio, Él no tenía nada que hacer para convencer a Satanás de Su poder y de que Él era el Salvador del mundo. Satanás tenía suficiente evidencia de Su exaltada posición. Su mala voluntad en atribuir a Jesús la honra

que Le era debida y manifestar sumisión como un subordinado, se desarrolló en rebelión contra Dios y resultó en su expulsión del Cielo.

No era parte de la misión de Cristo ejercer Su poder divino en Su propio beneficio, para aliviarlo del sufrimiento. Este Él voluntariamente lo tomó sobre Sí. Condescendió en tomar la naturaleza humana y debería sufrir las inconveniencias, enfermedades y aflicciones de la familia humana. No debería obrar milagros por Su propia cuenta; vino para salvar a los demás. El objetivo de Su misión era traer bendiciones, esperanza y vida a los afligidos y oprimidos. Vino para cargar aflicciones y los fardos de la humanidad sufriente.

A pesar de que Cristo estaba sufriendo los agudísimos tormentos del hambre, Él resistió la tentación. Expulsó a Satanás con el mismo pasaje que Él había dado a Moisés para reiterar al rebelde Israel cuando su alimentación era escasa y ellos clamaban por carne, en el desierto: «No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios» (Mateo 4:4)<sup>18</sup>. En esta declaración y también por Su ejemplo, Cristo mostraba al hombre que el hambre por alimento material no era una gran calamidad que pudiera derribarlo. Satanás insinuó a nuestros primeros padres que el comer del fruto que Dios había prohibido les traería grandes ventajas y los haría seguros contra la muerte, justamente lo opuesto de lo que Dios les había declarado: «Mas del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás» (Génesis 2:17)<sup>19</sup>. Si Adán hubiera sido obediente, no habría conocido la pobreza, la necesidad, ni la muerte.

Si el pueblo que vivió antes del Diluvio hubiera obedecido a la Palabra de Dios, no habría perecido en las aguas diluvianas. Si los israelitas hubieran obedecido a la Palabra de Dios, Él habría derramado sobre ellos bendiciones especiales. Pero ellos cayeron, como consecuencia de la condescendencia con el apetito y la pasión. No fueron obedientes a la Palabra de Dios. La condescendencia con el apetito pervertido los llevó a numerosos y graves pecados. Si ellos hubieran considerado primeramente los reclamos de Dios y luego sus necesidades físicas en sumisión a la elección, por Dios, del alimento apropiado para ellos, ciertamente ninguno de ellos habría sucumbido en el

desierto. Habrían sido establecidos en la buena tierra de Canaán, como un pueblo santo y feliz, sin ningún individuo débil en todas sus tribus.

El Salvador del mundo se hizo pecado por la raza humana. Al hacerse sustituto del hombre, no manifestó Su poder como Hijo de Dios, sino que se enfiló entre los hijos de los hombres. Debería soportar la prueba de la tentación como hombre, en favor del hombre, bajo las circunstancias más probatorias, y dejar un ejemplo de fe y perfecta confianza en Su Padre celestial. Cristo sabía que el Padre Le supliría alimento cuando fuera para Su gloria. En esta severa probación, cuando el hambre lo presionaba más allá de la medida, no disminuiría prematuramente una partícula de la prueba que Le fue dada, ejerciendo Su divino poder.

El hombre caído, cuando es puesto en apuros, no tiene poder para obrar milagros en su propio beneficio, a fin de salvarse a sí mismo del dolor o la angustia, u obtener victorias sobre sus enemigos. Era propósito de Dios probar a la raza humana y darle la oportunidad de desarrollar el carácter, llevándola frecuentemente a situaciones de prueba, para probar su fe y confianza en Su amor y poder. La vida de Cristo era de una conducta perfecta. Estaba siempre enseñando al hombre, por Su palabra y ejemplo, que él debía depender de Dios y que en Él debería depositar su fe y firme confianza.

Cristo sabía que Satanás es mentiroso desde el principio y que requería mucho dominio propio escuchar las proposiciones de ese engañador insultante sin reprenderlo inmediatamente por causa de su audaz presunción. Satanás estaba a la expectativa de que el Hijo de Dios, en extrema debilidad y agonía de espíritu, le daría una oportunidad para obtener ventajas sobre Él, provocándolo a empeñarse en controversia con él. Deliberó pervertir las palabras de Cristo y arrojar ventaja, buscando el auxilio de los ángeles caídos a fin de usar todo su poder para prevalecer contra Él y dominarlo.

El Salvador del mundo no tuvo controversia con Satanás, ya expulsado del Cielo porque no merecía quedarse allí. Aquel que influenció a los ángeles de Dios contra Su Supremo Gobernador y contra Su Hijo, el amado Comandante, y

reclutó la simpatía de ellos para sí mismo, era capaz de cualquier engaño. Por cuatro mil años él había estado guerreando contra el gobierno de Dios y no había perdido nada de su habilidad o poder para tentar y engañar.

---

<sup>18</sup> Mateo 4:4.

<sup>19</sup> Génesis 2:17.

## Capítulo 16 — Victoria por medio de Cristo

Dado que el hombre caído no podía vencer a Satanás con su fuerza humana, Cristo vino de las cortes reales del Cielo para ayudarlo con Su fuerza humana y divina combinadas. Cristo sabía que Adán en el Edén, con sus ventajas superiores, podía haber enfrentado las tentaciones de Satanás y haberlo vencido. Igualmente, sabía que no le era posible al hombre fuera del Edén, separado de la luz y del amor de Dios desde la caída, resistir las tentaciones de Satanás con su propia fuerza. Para traer esperanza al hombre y salvarlo de la ruina completa, Él se humilló hasta el punto de tomar la naturaleza humana, combinando Su poder divino con el humano, a fin de que pudiera alcanzar al hombre donde este se encontraba. Él obtuvo para los caídos hijos e hijas de Adán la fuerza que por sí mismos es imposible obtener, pero en Su nombre podrían vencer las tentaciones de Satanás.

El exaltado Hijo de Dios, al asumir la humanidad, se aproximó al hombre, quedando como el Sustituto del pecador. Se identificó con los sufrimientos y aflicciones de los hombres. Fue tentado en todos los puntos como el hombre es tentado, para que pudiera socorrer a aquellos que serían tentados. Cristo venció en lugar del pecador.

Jacob, en la noche de su visión, contempló la Tierra ligada al Cielo por una escalera que alcanzaba el trono de Dios. Él vio a los ángeles de Dios, vestidos con vestiduras de brillo celestial, descendiendo del Cielo y subiendo al Cielo por esa luminosa escalera. El pie de la escalera reposaba en la Tierra, mientras que su cima alcanzaba lo más alto de los Cielos, tocando el trono de Jehová. El brillo del trono de Dios irradiaba por la escalera abajo y reflejaba una luz de gloria inexpresable sobre la Tierra. Esta escalera representaba a Cristo, que abrió la comunicación entre la Tierra y el Cielo.

En la humillación de Cristo, Él descendió a las más profundas miserias humanas, en simpatía y compasión por el hombre caído, que estaba representado por Jacob, en uno de los lados de la escalera que tocaba la Tierra, mientras que la cima de la escalera, que alcanzaba el Cielo, representaba el poder divino de Cristo

sosteniendo al Infinito, y así unía la Tierra al Cielo y al hombre finito con el Dios infinito. A través de Cristo, la comunicación está abierta entre Dios y el hombre. Los ángeles pueden ir y venir del Cielo a la Tierra, con mensajes de amor para el hombre caído, y ayudar a aquellos que heredarán la salvación. Es *a través de Cristo*, únicamente, que los mensajeros celestiales asisten a los hombres.

Adán y Eva, en el Edén, fueron colocados bajo circunstancias muy favorables. Tenían el privilegio de la comunión con Dios y los ángeles. Estaban libres de la condenación del pecado. La luz de Dios y de los ángeles estaba con ellos y alrededor de ellos. El Autor de la vida era su maestro. Pero cayeron bajo el poder y las tentaciones del astuto enemigo. Durante cuatro mil años, Satanás había trabajado contra el gobierno de Dios y había obtenido fuerza y experiencia de tal práctica.

Los hombres caídos no tenían las ventajas de Adán en el Edén. Habían estado separados de Dios por cuatro mil años. La sabiduría para entender y el poder para resistir las tentaciones de Satanás se habían vuelto cada vez menores. Incluso parecía que Satanás reinaba triunfantemente sobre la Tierra. El apetito y la pasión, el amor al mundo y los pecados insolentes fueron las grandes ramificaciones del mal, de las cuales crecieron muchas especies de crimen, violencia y corrupción. Satanás fue vencido en su objetivo de dominar a Cristo en lo que respecta al apetito. Y aquí, en el desierto, Cristo alcanzó la victoria en favor de la raza humana, justamente en el punto del apetito, haciendo posible al hombre, en el tiempo futuro, en Su nombre, vencer la fuerza del apetito para su propio beneficio.

## Capítulo 17 — La segunda tentación

Satanás, sin embargo, no estaba dispuesto a cesar sus esfuerzos hasta intentar todos los medios para obtener la victoria sobre el Redentor del mundo. Sabía que todo estaba en juego: sería él o Cristo el victorioso en la lucha. Para intimidar a Cristo con su fuerza superior, lo llevó a Jerusalén y lo colocó sobre el pináculo del templo, continuando con su asedio de tentaciones. De nuevo exigió a Cristo que, si en verdad era el Hijo de Dios, le diera evidencia de ello, lanzándose desde la vertiginosa altura sobre la cual había sido colocado. Instigó a Cristo a mostrar Su confianza en el cuidado preservador del Padre, arrojándose del pináculo del templo.

En la primera tentación de Satanás, en cuanto a la cuestión del apetito, él intentó insinuar dudas respecto al amor de Dios y al cuidado por Cristo como Su Hijo, presentando el ambiente y Su hambre como evidencia de que Él no tenía el favor de Dios. En esto no obtuvo éxito. La siguiente tentativa, a fin de sacar ventaja de la fe y perfecta confianza que Cristo había demostrado en el Padre celestial, lo impelía a la presunción: «Si eres Hijo de Dios, échate abajo, porque escrito está: A Sus ángeles mandará acerca de Ti para que Te guarden; y Te sostendrán en Sus manos, para que no tropieces en piedra alguna.» (Mateo 4:6)<sup>20</sup> Jesús prontamente respondió: «También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.» (Mateo 4:7)<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup>Mateo 4:6.

<sup>21</sup>Mateo 4:7.

## Capítulo 18 — El pecado de la presunción

El pecado de la presunción yace junto a la virtud de la fe perfecta y la confianza en Dios. Satanás se jactaba de que podía sacar ventaja de la humanidad de Cristo, insistiendo en que pasara de la fe a la presunción. En este punto muchas almas ya han caído. Satanás intentó engañar a Cristo mediante la adulación. Admitía que Él estaba en lo correcto en el desierto, teniendo fe y confianza en que Dios era Su Padre, incluso bajo circunstancias probatorias. Entonces instó a Cristo a darle una prueba adicional de Su entera dependencia de Dios, una evidencia más de fe de que Él era el Hijo de Dios, arrojándose del templo. Le dijo a Cristo que si Él realmente era el Hijo de Dios no tenía nada que temer, porque los ángeles estarían allí para ampararlo. Satanás demostró conocer las Escrituras por el uso que hizo de ellas.

El Redentor del mundo no vaciló en Su integridad y mostró que Él tenía perfecta fe en el cuidado prometido por Su Padre. No sometería la fidelidad y el amor del Padre a un juicio innecesario, a pesar de estar en manos de un enemigo y colocado en una posición de extrema dificultad y peligro. No tentaría presuntuosamente a Dios para que actuara en Su providencia por sugerencia de Satanás. Satanás extrajo de las Escrituras aquello que parecía apropiado para la ocasión, esperando lograr sus intenciones aplicándolo al Salvador en ese momento especial.

Cristo sabía que Dios realmente lo sostendría si Él le hubiera ordenado arrojarlo del pináculo del templo. Pero hacer esto sin ser mandado, tentando el cuidado protector y el amor del Padre, porque Satanás lo desafiara a hacer tal cosa, no mostraría la fuerza de Su fe! Pues Satanás sabía muy bien que si Cristo prevaleciera y, sin ser ordenado por el Padre, saltara del templo para probar Su afirmación del cuidado protector del Padre celestial, precisamente en este acto estaría mostrando la debilidad de Su naturaleza humana.

Cristo salió victorioso de la segunda tentación. Manifestó perfecta confianza y fe en el Padre durante Su severo conflicto con el poderoso enemigo. Nuestro Redentor, en la victoria aquí obtenida, dejó al hombre un ejemplo perfecto,

mostrándole confianza e inquebrantable fe en Dios, en las pruebas y peligros. Él rehusó prevalecer sobre la misericordia del Padre, colocándose en peligro, obligando al Padre celestial a demostrar Su poder para salvarlo del peligro. Esto forzaría la providencia en Su favor y Él no dejaría a Su pueblo un [60] ejemplo perfecto de fe y firme confianza en Dios.

El objetivo de Satanás al tentar a Cristo era llevarlo a la presunción audaz, mostrando la debilidad humana que impediría que fuera un modelo perfecto para Su pueblo. Pensaba que si Cristo fallaba en soportar la prueba de sus tentaciones, no podría haber redención para la raza humana y su poder sobre ella sería completo.

## **Capítulo 19 — Cristo nuestra esperanza y ejemplo**

La humillación y los agonizantes sufrimientos de Cristo en el desierto de la tentación fueron en favor de la raza humana. Todo en Adán se perdió por la transgresión. La única esperanza de que el hombre fuera restaurado al favor de Dios era a través de Cristo. El hombre se separó de Dios a una distancia tan grande por la transgresión de Su ley, que no podía humillarse ante Dios en ningún grado proporcional a la magnitud de su pecado. El Hijo de Dios podía comprender totalmente la gravedad del pecado del transgresor y, en Su carácter sin pecado, únicamente Él podía ofrecer por el hombre una expiación aceptable, soportando el sufrimiento agonizante del desagrado del Padre. La tristeza y la angustia del Hijo de Dios por los pecados del mundo fueron proporcionales a Su excelencia y pureza divinas, así como a la magnitud de la ofensa.

Cristo fue nuestro ejemplo en todas las cosas. Al ver Su humillación en la larga prueba y el ayuno, a fin de vencer la tentación del apetito en nuestro beneficio, debemos aprender a vencer cuando seamos tentados. Si el poder del apetito es tan fuerte sobre la familia humana y su complacencia es tan temible que el Hijo de Dios se sometió a tal prueba, ¡cuán importante es que sintamos la necesidad de mantener el apetito bajo el control de la razón! Nuestro Salvador ayunó aproximadamente seis semanas a fin de que pudiera ganar para el hombre la victoria sobre el apetito. ¿Cómo puede un profeso cristiano, teniendo una conciencia esclarecida y teniendo a Cristo delante de sí como su ejemplo, someterse a la complacencia con el apetito, que ha debilitado la mente y el cuerpo? Es un hecho doloroso que los hábitos de autoindulgencia a expensas de la salud y el poder moral están actualmente atrapando a gran parte del mundo cristiano en los lazos de la esclavitud.

Muchos que profesan piedad no examinan razonablemente el largo período de ayuno y sufrimientos de Cristo en el desierto. Su angustia no era tanto por la terrible hambre, sino por el sentido del penoso resultado de la complacencia con

el apetito y la pasión sobre la raza humana. Él sabía que el apetito sería el ídolo del hombre y lo llevaría a olvidarse de Dios, poniéndose directamente en el camino de su salvación.

Nuestro Salvador mostró perfecta confianza en que Su Padre celestial no lo dejaría sufrir la tentación por encima de lo que Él podía, dándole fuerza para soportar; y le daría la victoria si Él pacientemente enfrentaba la tentación a la que estaba sujeto. Cristo no puso Su propia voluntad en peligro. Dios toleró que Satanás por algún tiempo tuviera este poder sobre Su Hijo. Jesús sabía que si Él preservaba Su integridad en esta posición de extrema prueba, un ángel de Dios sería enviado para aliviarlo, si no hubiera otra manera. Él tomó la naturaleza humana y fue el representante de la humanidad.

## Capítulo 20 — La tercera tentación

Satanás vio que no prevaleció en nada contra Cristo en su segunda gran tentación. «Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares» (Mateo 4:8)<sup>22</sup>.

En las dos primeras grandes tentaciones, Satanás no había revelado sus verdaderos propósitos o su carácter; afirmaba ser un mensajero exaltado de las cortes del Cielo, pero ahora se quitaba su disfraz. Presentó a Cristo todos los reinos del mundo bajo la luz más atractiva, mientras se decía ser el príncipe de este mundo.

Esta última tentación era la más persuasiva de las tres. Satanás sabía que la vida de Cristo debía ser de tristeza, aflicciones y conflicto. Pensó que podría aprovecharse de este hecho para sobornar a Cristo a renunciar a Su integridad. Satanás usó toda su fuerza en esta última tentación, pues este último esfuerzo decidiría su destino, quién sería victorioso. Afirmaba que el mundo era su dominio y que él era el príncipe de las potestades del aire.

Llevó a Jesús a la cima de un monte muy alto y le presentó una visión panorámica de todos los reinos del mundo, que por mucho tiempo habían estado bajo su dominio, y se los ofreció a Él como una gran dádiva. Dijo a Cristo que Él podría apoderarse de todos estos reinos, sin sufrimiento o peligro. Satanás prometió ceder su cetro y dominio y hacer de Cristo el gobernante de derecho por tan solo un favor de Él. Todo lo que quería a cambio de entregarle todos los reinos del mundo presentados ese día ante Él, era que Cristo le rindiera homenaje como a un superior.

Los ojos de Jesús reposaron por un momento sobre la gloria presentada ante Él; se volvió, sin embargo, rehusando seguir mirando el fascinante espectáculo. No dañaría Su leal integridad perdiendo tiempo con el tentador. Cuando Satanás solicitó la homenaje divina de Cristo, se le despertó la indignación y Él no pudo tolerar más su profana presunción ni siquiera permitirle que permaneciera en Su

presencia. Aquí, Cristo ejerció Su autoridad divina y ordenó que Satanás desistiera. «Apártate, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás» (Mateo 4:10)<sup>23</sup>.

Satanás, en su orgullo y arrogancia, había declarado ser él el gobernante del mundo por derecho permanente, el poseedor de todas sus riquezas y glorias, exigiendo homenaje de sus seres vivientes, como si él hubiera creado el mundo y todas las cosas que en él existen. Dijo a Cristo: «A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y a quien quiero la doy» (Lucas 4:6)<sup>24</sup>. Procuró hacer un contrato especial con Cristo, ordenando que Él lo adorara.

Este insulto al Creador llevó a la indignación del Hijo de Dios a reprenderlo y expulsarlo. Satanás se jactó de haber escondido su verdadero carácter y propósito en la primera tentación, de tal modo que Cristo no lo reconoció como el jefe rebelde caído que Él ya había derrotado y expulsado del Cielo. Las palabras de Cristo: «Apártate, Satanás», evidenciaron que él había sido reconocido desde la primera tentación, y toda su habilidad no tuvo ningún éxito sobre el Hijo de Dios. Satanás sabía que si Cristo tenía que morir para redimir al hombre, su poder terminaría después de algún tiempo y él sería destruido. Siendo así, era su estudiado plan impedir, si fuera posible, la consumación del gran trabajo que fue comenzado por el Hijo de Dios. Si el plan de la redención del hombre fallaba, él retendría el reino que entonces reclamaba y, si tenía éxito, se regocijaba de que reinaría en oposición al Dios del Cielo.

Cuando Jesús dejó el Cielo, dejando allí Su poder y gloria, Satanás exultó. Pensó que el Hijo de Dios había sido puesto bajo su poder. La tentación a la santa pareja en el Edén había sido tan fácil que él esperaba que con su satánica astucia y poder vencería incluso al Hijo de Dios y salvaría su vida y su reino. Si pudiera tentar a Jesús a alejarse de la voluntad de Dios, como hizo en su tentación a Adán y Eva, entonces su objetivo sería alcanzado.

Estaba a punto de llegar el tiempo en que Jesús redimiría la posesión de Satanás, dando Su propia vida; y después de algún tiempo todo en el Cielo y en la

Tierra se sometería a Él. Fue fiel. Escogió una vida de sufrimiento, una muerte ignominiosa y, de la manera señalada por el Padre, se convertiría en el gobernador legítimo de los reinos de la Tierra, teniéndolos en Sus manos como posesión para siempre. Satanás también sería puesto en Sus manos para ser destruido por la muerte y nunca más molestar a Jesús y a los santos en la gloria.

Dijo Jesús a este vil enemigo: «Apártate, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás» (Mateo 4:10)<sup>25</sup>.

Satanás había desafiado a Cristo a mostrarle evidencia de que Él era el Hijo de Dios, y ahora tenía la prueba que había pedido. Fue compelido a obedecer la orden divina. Fue repelido y silenciado. No tuvo poder para resistir al repudio positivo. Fue repelido instantáneamente, sin una palabra de resistencia, desistiendo y dejando al Redentor del mundo.

La presencia odiosa de Satanás fue apartada. La lucha había terminado. Con inexprimible sufrimiento, la victoria de Cristo en el desierto fue tan completa como lo había sido la caída de Adán. Por un espacio de tiempo Él se libró de la presencia de Su poderoso adversario y de sus legiones de ángeles.

<sup>22</sup> Mateo 4:8.

<sup>23</sup> Mateo 4:10.

<sup>24</sup> Lucas 4:6.

<sup>25</sup> Mateo 4:10.

## Capítulo 21 — El fin de la tentación de Cristo

Después de que Satanás hubo terminado sus tentaciones, dejó a Jesús por un tiempo. El enemigo fue derrotado, pero el conflicto había sido largo y la prueba excesiva, y Cristo estaba exhausto y débil. Cayó al suelo como si fuera a morir. Ángeles del cielo que se habían postrado ante Él en las cortes reales, y que con intenso y doloroso interés presenciaron el terrible enfrentamiento y cómo Él se enfrentó a Satanás, ahora vinieron a servirle. Le prepararon alimento y lo fortalecieron, pues yacía como muerto.

Los ángeles estaban llenos de asombro y admiración al observar los inefables sufrimientos del Redentor del mundo para obtener la redención del hombre. Aquel que era igual a Dios en las cortes reales, estaba ante ellos debilitado por el ayuno de aproximadamente seis semanas. Solitario, fue perseguido por el líder rebelde que había sido expulsado del Cielo. Soportó la prueba más severa a la que alguien jamás fue sometido. La lucha contra el poder de las tinieblas fue larga, y la naturaleza humana de Cristo la experimentó intensamente en Su condición de debilidad y sufrimiento. Los ángeles le trajeron mensajes de amor y consuelo, provenientes del Padre, así como la certeza de que todo el Cielo triunfó en la victoria completa que Él obtuvo en favor del hombre.

El costo de la redención de la raza humana nunca podrá ser completamente comprendido, hasta que los redimidos estén de pie ante el Redentor, al lado del trono de Dios. Al tener ellos capacidad para apreciar el valor de la vida inmortal y de la recompensa eterna, entonarán el cántico de victoria y triunfo inmortal, «proclamando a gran voz: Digno es el Cordero, que fue inmolado, de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y oí a toda criatura», dijo Juan, «que está en el cielo y sobre la tierra, y debajo de la tierra y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, que decían: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos».<sup>26</sup>

A pesar de que Satanás había fracasado en sus esfuerzos más fuertes y tentaciones más poderosas, no renunció a toda esperanza de tener éxito en el

futuro cercano. Miraba hacia un período posterior en el ministerio de Cristo, cuando tendría oportunidades de intentar sus artilugios contra Él. Satanás planeó cegar el entendimiento de los judíos, el pueblo escogido de Dios, para que no discernieran en Cristo al Salvador del mundo. Pensó que podría llenar sus corazones de envidia, celos y odio contra el Hijo de Dios, hasta el punto de que no lo recibieran, sino que hicieran su vida en la Tierra lo más amarga posible.

Satanás convocó un concilio de sus ángeles para decidir qué curso debían seguir para impedir que el pueblo tuviera fe en Cristo como el Mesías que los judíos habían esperado ansiosamente por tanto tiempo. Quedó decepcionado y enfurecido porque en nada prevaleció contra Jesús en las diferentes formas de tentación en el desierto. Pensaba que si lograba inspirar en el corazón del propio pueblo de Cristo la incredulidad de que Él era el Prometido, podría desalentar a Jesús en Su misión y asegurar a los judíos como agentes en la ejecución de sus propósitos.

Satanás se acerca al hombre como un ángel de luz, tentándolo, como hizo con Cristo. Ha actuado para llevar al hombre a una condición de debilidad física y moral, de manera que pueda dominarlo fácilmente y entonces triunfar sobre su ruina. Y ha tenido éxito al tentar al hombre a ceder al apetito, a pesar del resultado. Sabe muy bien que es imposible para el hombre cumplir con sus obligaciones para con Dios y sus semejantes mientras debilita las facultades que Dios le dio. El cerebro es la capital del cuerpo. Si las facultades perceptivas son entorpecidas por cualquier especie de intemperancia, las cosas eternas no serán discernidas.

---

<sup>26</sup> Apocalipsis 5:12, 13.

## Capítulo 22 — Temperancia cristiana

Dios no da permiso al hombre para violar las leyes de su ser. Pero el hombre, cediendo a las tentaciones de Satanás en cuanto a la condescendencia con la intemperancia, pone sus más altas facultades en sujeción a los apetitos y pasiones animalescas, y cuando esto gana la ascendencia, el hombre, que fue creado un poco menor que los ángeles, con facultades susceptibles a la más alta cultura, se entrega al control de Satanás. Este gana fácilmente acceso a aquel que está preso del apetito. A través de la intemperancia, algunos sacrifican la mitad y otros, dos tercios de su poder físico, mental y moral, y se convierten en juguetes en manos del enemigo.

Aquellos que quieren tener una mente clara para discernir los engaños de Satanás deben tener el apetito físico bajo el dominio de la razón y de la conciencia. La acción moral y vigorosa de los altos poderes de la mente es esencial para el perfeccionamiento del carácter cristiano; y la fuerza o la debilidad de la mente tiene mucho que ver con nuestra actitud y utilidad en este mundo, y con la salvación final. Es deplorable la ignorancia que ha prevalecido concerniente a la ley de Dios en nuestra naturaleza física. La intemperancia de cualquier especie es una violación de las leyes de nuestro ser. La imbecilidad está prevaleciendo en una proporción asombrosa. El pecado se vuelve atractivo, revestido por una luz, y Satanás se alegra mucho cuando puede retener al mundo cristiano en sus hábitos diarios, bajo la tiranía de la costumbre, como los paganos, permitiendo ser gobernado por el apetito.

Si hombres y mujeres inteligentes tienen sus facultades morales entorpecidas por la intemperancia de cualquier especie, estarán, en muchos de sus hábitos, muy poco por encima de los paganos. Satanás está constantemente atrayendo a las personas de la luz salvífica hacia la costumbre y la moda, sin consideración para con la salud física, mental y moral. El gran enemigo sabe que si predominan la pasión y el apetito, la salud del cuerpo y la fuerza del intelecto serán sacrificadas en el altar de la satisfacción propia, y el hombre acelerará su ruina. Si

un intelecto erudito sujeta sus riendas, controlando las propensiones animalescas y conservándolas en sujeción a las facultades morales, Satanás sabe muy bien que es pequeña su posibilidad de vencer la tentación.

En nuestros días se habla de la *Edad Media* y se enorgullecen del progreso. Con este progreso, sin embargo, la impiedad y el crimen no disminuyen. Deploramos la ausencia de la simplicidad natural y el aumento de la tentación artificial. Salud, fuerza, belleza y longevidad, que eran comunes en la llamada *Edad Media*, son ahora raras. Casi todo lo deseable se sacrifica para satisfacer las demandas de la vida que sigue la moda.

Gran parte del mundo cristiano no tiene el derecho de llamarse cristianos. Sus hábitos, sus extravagancias y el cuidado del cuerpo en general constituyen una violación de las leyes de la salud y se oponen a la enseñanza de la Biblia. Se están preparando en el transcurso de la vida para el sufrimiento físico y la debilidad mental y moral.

A través de sus engaños, Satanás, en muchos casos, ha tornado la vida doméstica llena de complicaciones, con el propósito de satisfacer las demandas de la moda. Haciendo esto, su objetivo es conservar la mente tan ocupada con las cosas de la vida que no pueda prestar un poco de atención a lo que es de mayor interés. La intemperancia en el comer y en el vestir ha absorbido tanto la mente del mundo cristiano que no tienen tiempo para volverse inteligentes en cuanto a las leyes de la vida, obedeciéndolas. Profesar el nombre de Cristo poco significa si la vida no corresponde a la voluntad de Dios, revelada en Su Palabra.

En el desierto de la tentación, Cristo venció el apetito. Su ejemplo de abnegación y de dominio propio cuando sufrió la atormentadora ansia del hambre, es una censura al mundo cristiano, por su disipación y glotonería. Se gasta actualmente nueve veces más dinero en la satisfacción del apetito, en la condescendencia con la insensata y dañina lujuria, de lo que se da para el avance del evangelio de Cristo.

Si Pedro estuviese hoy en la Tierra, exhortaría a los profesos seguidores de Cristo a abstenerse de la lujuria carnal que guerrea contra el alma. Pablo

convocaría a las iglesias en general para purificarse «de toda impureza, tanto de la carne, como del espíritu, perfeccionando nuestra santidad en el temor de Dios» (2 Corintios 7:1)<sup>27</sup>. Y Cristo expulsaría del templo a aquellos que están contaminados por el uso del tabaco, contaminando el santuario de Dios con su aliento tabaquista. Diría a estos adoradores lo que dijo a los judíos: «Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones; vosotros, sin embargo, la habéis transformado en cueva de ladrones» (Marcos 11:17)<sup>28</sup>. Diría a tales personas que sus ofrendas profanas, expelidas de trozos de tabaco, contaminan el templo y aborrecen a Dios. Su culto no es aceptable porque el cuerpo, que debería ser el templo del Espíritu Santo, está contaminado. Usted también roba el tesoro de Dios en miles de dólares, a través de la condescendencia con el apetito desnaturalizado. Si viéramos la norma de la virtud y la exaltada piedad, como cristianos, tendríamos un trabajo que desarrollar, por nosotros individualmente, para controlar el apetito, la condescendencia que neutraliza la fuerza de la verdad y debilita el poder moral para resistir y vencer la tentación. Como seguidores de Cristo, debemos actuar por principio al comer y al beber. Si obedeciéramos la exhortación del apóstol: «Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis alguna otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1 Corintios 10:31)<sup>29</sup>, miles de dólares que ahora son sacrificados en el altar maléfico de la lujuria, afluirían al tesoro del Señor, multiplicando las publicaciones en diferentes lenguas, para ser esparcidas como hojas de otoño. Misiones serían establecidas en otras naciones y entonces los seguidores de Cristo, en verdad, serían la luz del mundo.

El adversario de las almas está trabajando en estos últimos días con gran poder, como nunca antes, para conseguir arruinar al hombre a través de la condescendencia con el apetito y las pasiones. Muchos de los que están presos bajo el poder esclavizante del apetito, son profesos seguidores de Cristo. Profesan adorar a Dios, mientras que el apetito es su dios. Sus deseos desnaturalizados por estas condescendencias no son controlados por la razón o el juicio. Los que son esclavos del tabaco, verán a la familia sufrir las inconveniencias de la vida y la necesidad de alimento. Sin embargo, no tienen fuerza de voluntad para renunciar al tabaco. Los clamores del apetito prevalecen sobre la tendencia natural y esta

pasión animalésca los domina. La causa del Cristianismo, e incluso de la humanidad, de ningún modo sería sostenida si dependiera de aquellos que habitualmente usan tabaco y bebidas alcohólicas. Si tuvieran recursos para usar en una sola dirección, la tesorería de Dios no sería reabastecida, sino que ellos tendrían su tabaco y bebidas alcohólicas. A fin de idolatrar el tabaco no dirán *no* al apetito por la causa de Dios.

Es imposible que esas personas reconozcan las reivindicaciones y la santidad de la ley de Dios, porque su cerebro y nervios están amortecidos por el uso de estos narcóticos. No pueden evaluar la preciosidad de la expiación y apreciar la vida inmortal. La condescendencia con la lujuria carnal guerra contra el alma. El apóstol se dirige a los cristianos en un lenguaje bien expresivo: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios» (Romanos 12:1)<sup>30</sup>. Si el cuerpo está saturado por la bebida alcohólica y contaminado por el tabaco, no es santo y aceptable a Dios. Satanás sabe que no puede serlo, y justamente por esto lleva sus tentaciones en cuanto al apetito, esclavizándonos en esta propensión y llevándonos a la ruina.

Los sacrificios de los judíos eran todos examinados con bastante cuidado, para ver si no tenían ningún defecto o alguna enfermedad o cualquier impureza, lo que era motivo suficiente para ser rechazados por el sacerdote. Las ofertas debían ser perfectas y valiosas. El apóstol tenía en vista los requisitos de Dios en cuanto a las ofertas de los judíos, cuando él, de manera muy enérgica, apelaba a los hermanos para que presentaran el cuerpo en sacrificio vivo. No una oferta enfermiza o estropeada, sino un sacrificio vivo, santo y aceptable a Dios.

¡Cuántos llegan a la casa de Dios con debilidades, y cuántos vienen contaminados por la condescendencia con el propio apetito! Aquellos que se han degradado por hábitos erróneos, cuando se reúnen para adorar a Dios, ofrecen las emanaciones de su cuerpo enfermizo, tornándose fastidiosos para los que los rodean. ¡Cuán ofensivo debe ser esto delante de un Dios puro y santo!

Una gran proporción de todas las enfermedades que afligen a la familia humana son resultado de sus propios hábitos erróneos, a causa de la ignorancia voluntaria o de la desconsideración para con la luz que Dios ha dado en relación con las leyes de su ser. No nos es posible glorificar a Dios mientras vivimos en violación de las leyes de la vida. El corazón no puede, posiblemente, mantener consagración a Dios mientras se condescende con el apetito. Un cuerpo enfermizo y un intelecto en desorden a causa de la condescendencia continua con una dañina concupiscencia, hace imposible la santificación del cuerpo y del espíritu. El apóstol comprendía la importancia de las condiciones saludables del cuerpo para el éxito perfecto del carácter cristiano. Él dijo: «sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser descalificado» (1 Corintios 9:27)<sup>31</sup>. Menciona la temperancia entre los frutos del Espíritu. «Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos» (Gálatas 5:24)<sup>32</sup>.

Hombres y mujeres ceden al apetito, a expensas de la salud y del poder intelectual, de tal manera que no pueden apreciar el plan de salvación. ¿Qué apreciación pueden tener de la tentación de Cristo en el desierto y de la victoria que Él ganó sobre el apetito? Les es imposible tener una visión sublime de Dios y reconocer los reclamos de Su ley. Los profesos seguidores de Cristo se olvidan del gran sacrificio hecho por Él en su favor. La Majestad del Cielo, a fin de poner la salvación a su alcance, fue golpeada, aplastada y afligida. Él se convirtió en un varón de dolores y experimentado en aflicción. En el desierto de la tentación Él resistió a Satanás, a pesar de que el tentador estaba disfrazado con las vestiduras del Cielo. Cristo, al ser sometido a un gran sufrimiento físico, rehusó ceder en un simple punto, no obstante el más jactancioso inducimiento ya presentado para sobornarlo e influenciarlo a renunciar a Su integridad. El engañador dijo: «Todo esto te daré, si postrándote me adoras» (Mateo 4:9)<sup>33</sup>, refiriéndose a toda esta honra, toda esta riqueza y gloria, que le daría si solamente reconocía sus exigencias.

Cristo se mantuvo firme. ¿Qué sería, ahora, de la salvación de la raza humana si Cristo fuera débil en poder moral, como el hombre? ¡No es de extrañar que el

Cielo se llenara de alegría cuando el principal ángel caído dejó el desierto de la tentación como un enemigo derrotado! Cristo tiene el poder del Padre para dar Su gracia divina y fuerza al hombre, haciéndonos posible la victoria por medio de Su nombre. Hay pocos profesos seguidores de Cristo que eligen empeñarse con Él en la tarea de resistir a las tentaciones de Satanás como Él resistió y venció.

Cristianos profesos que gustan de divertimentos, placeres y banquetes, no pueden apreciar el conflicto de Cristo en el desierto. El ejemplo del Señor al vencer a Satanás, se pierde para ellos. Esta victoria infinita, que Cristo alcanzó para ellos en el plan de salvación, carece de sentido. No tienen interés especial en la maravillosa humillación de nuestro Salvador, y en la angustia y sufrimientos que soportó por el hombre pecador mientras Satanás Lo presionaba con sus diferentes tentaciones. La escena de la prueba de Cristo en el desierto era el fundamento del plan de salvación, dando al hombre caído las claves, por medio de las cuales, en nombre de Cristo, puede vencer.

Muchos cristianos profesos miran esta parte de la vida de Cristo como si fuera una guerra común entre dos reyes, no teniendo nada de especial sobre Su propia vida y carácter. Así, la manera de la lucha y la maravillosa victoria ganada, tienen muy poco significado para ellos. Las facultades de la percepción están embotadas por las artimañas de Satanás, de manera que no pueden discernir que aquel que afligió a Cristo en el desierto y determinó privarlo de Su integridad como el Hijo del Infinito, será su adversario hasta el fin de los tiempos. A pesar de haber fallado en vencer a Cristo, su poder sobre el hombre no está debilitado. Todos están personalmente expuestos a las tentaciones que Cristo venció, pero la fuerza es provista para todos en el poderoso nombre del gran Conquistador. Todos deben, por sí mismos, vencer individualmente. Muchos caen en las mismísimas tentaciones con las cuales Satanás asaltó a Cristo.

A pesar de haber ganado Cristo una victoria incalculable en favor del hombre, venciendo las tentaciones de Satanás en el desierto, esta victoria no le será de ningún beneficio, a menos que él también gane la victoria por su propia cuenta.

El hombre tiene ahora una ventaja sobre Adán, en esta guerra contra Satanás, porque tiene la experiencia de Adán en la desobediencia y su consecuente caída para alertarlo a apartarse de su ejemplo. El hombre también tiene el ejemplo de Cristo al vencer el apetito y las diversas tentaciones de Satanás, derrotando al poderoso enemigo en todos los puntos y saliendo victorioso en cada prueba. Si el hombre tropieza y cae bajo las tentaciones de Satanás, no tendrá excusas porque él tiene la desobediencia de Adán para alertarlo y la vida del Redentor del mundo como un ejemplo de obediencia y resignación, así como la promesa de Cristo de que «Al vencedor, le daré sentarse conmigo en Mi trono, así como también Yo vencí, y Me senté con Mi Padre en Su trono» (Apocalipsis 5:14, 16)<sup>34</sup>.

---

<sup>27</sup> 2 Corintios 7:1.

<sup>28</sup> Marcos 11:17.

<sup>29</sup> 1 Corintios 10:31.

<sup>30</sup> Romanos 12:1.

<sup>31</sup> 1 Corintios 9:27.

<sup>32</sup> Gálatas 5:24.

<sup>33</sup> Mateo 4:9.

<sup>34</sup> Apocalipsis 5:14, 16.

## **Capítulo 23 — Condescendencia propia disfrazada de religión**

Los cristianos profesos participan en festividades y escenas de divertimentos que degradan la religión de Jesucristo. Es imposible que aquellos que disfrutan de las numerosas reuniones sociales y festivas de la iglesia solamente por placer, tengan un amor ardiente y una sagrada reverencia por Jesús. Sus palabras de alerta e instrucciones no tienen ninguna repercusión en su mente. ¿Debería Cristo venir a esas reuniones que se absorben en juegos y divertimentos frívolos, donde la melodía solemne de Su voz fuera escuchada en bendición, diciendo: «Paz sea en esta casa»? ¿Cómo podría el Salvador del mundo alegrarse con escenas de diversión y ligereza?

Los cristianos y el mundo se unen en un mismo corazón y espíritu en estas ocasiones de fiesta. El Varón de Dolores, que experimentó las angustias, no será bienvenido en estos lugares de diversión. Los amantes del placer y la suntuosidad, imprudentes y frívolos, se reúnen en los salones y el esplendor y los adornos de moda se ven por todos lados. Los ornamentos de cruces de oro y perlas, que representan al Redentor crucificado, adornan a las personas. Pero Aquel a quien estas joyas altamente preciosas representan no tiene valor y no es bienvenido en las reuniones. Su presencia sería una vergüenza en sus hilaridades y divertimentos sensuales, recordándoles el deber descuidado y trayéndoles a la memoria pecados ocultos que Le produjeron un semblante pesaroso y ojos tristes y lacrimosos.

La presencia de Cristo sería positivamente dolorosa en estos ambientes de placer. Ciertamente nadie le invitaría allí, porque Su semblante está marcado por una tristeza mayor que la de los hijos de los hombres, a causa de estos divertimentos que alejan a Dios de la mente y hacen atractiva la senda para el pecador. Los encantamientos de estas escenas excitantes pervierten la razón y destruyen la reverencia por las cosas sagradas. Ministros que profesan ser representantes de Cristo, frecuentemente lideran estos divertimentos frívolos.

Cristo dijo: «Vosotros sois la luz del mundo. ... Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mateo 5:14, 16)<sup>35</sup>.

¿De qué manera la luz de la verdad brilla de aquel que es fútil y solo busca el placer? Los profesos seguidores de Cristo que ceden al divertimento y a las festividades no pueden ser participantes de los sufrimientos de Cristo. No tienen ningún sentido de Sus sufrimientos. No tienen interés en meditar sobre desprendimiento y sacrificio. Tienen poco interés en estudiar estos puntos que marcan la historia de la vida de Cristo, sobre los cuales reposa el plan de salvación, sino que imitan al antiguo Israel, que comió y bebió y se levantó para divertirse. A fin de copiar correctamente un modelo, debemos estudiar cuidadosamente su diseño. Si realmente debemos vencer como Cristo venció, debemos mezclarnos en la compañía de los que son santificados y glorificados delante del trono de Dios. Es de la más alta importancia que estemos familiarizados con la vida de nuestro Redentor y que nos neguemos a nosotros mismos como hizo Cristo. Debemos enfrentar las tentaciones y traspasar obstáculos a través de luchas y sufrimientos y, en nombre de Jesús, vencer como Él venció.

La gran tentación de Jesús en el desierto en cuanto al apetito buscaba dejar al hombre un ejemplo de desprendimiento. Este prolongado ayuno tenía la intención de convencer a los hombres acerca de la pecaminosidad de las cosas a las cuales el cristiano profeso cede. La victoria que Cristo ganó en el desierto buscaba mostrar al hombre la pecaminosidad de las cosas en las que ellos han tenido tanto placer. La salvación del hombre estaba en la balanza, para ser decidida por la tentación de Cristo en el desierto. Si Cristo salía victorioso sobre el apetito, entonces habría la posibilidad de que el hombre venciera. Si Satanás ganaba la victoria a través de su sutileza, el hombre estaría esclavizado al poder del apetito, en una cadena de condescendencia sobre la cual no tendría poder moral para romperla. Únicamente la naturaleza humana de Cristo nunca podría haber soportado esta prueba, pero Su poder divino combinado con la naturaleza

humana ganó la victoria infinita en favor del hombre. Nuestro representante en esta victoria levantó a la humanidad en la escala de valor moral delante de Dios.

Los cristianos que comprenden el misterio de piedad, que tienen un alto y sagrado sentido de la expiación, que reconocen en los sufrimientos de Cristo en el desierto una victoria ganada para ellos, verán un contraste tan marcado entre estas cosas y las reuniones de la iglesia en busca de placeres y condescendencia con el apetito, que se apartarían con disgusto de estas escenas de festejos. Los cristianos deberían fortalecerse grandemente comparando honesta y frecuentemente su vida con la verdadera norma, la vida de Cristo. Las numerosas reuniones sociales, festivas y *piqueniques\** *que constituyen una tentación al apetito exagerado y a los divertimentos, los cuales llevan a la ligereza y al olvido de Dios, no pueden encontrar aprobación en el ejemplo de Cristo, el Redentor del mundo, el único estándar seguro que el hombre debe copiar si desea vencer como hizo Cristo.*

Presentamos la norma infalible para todos los cristianos. Cristo dijo: «Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbrá a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mateo 5:13-16)<sup>36</sup>.

La luz del Cielo debe ser reflejada al mundo a través de los seguidores de Cristo. Es obra vitalicia de los cristianos dirigir la mente de los pecadores a Dios. La vida del cristiano debe despertar en el corazón de los mundanos una visión más elevada de la pureza de la religión cristiana. Esto hará de los creyentes la sal de la Tierra, el poder salvífico en el mundo; porque un carácter cristiano bien desarrollado es armonioso en todas sus partes.

Tememos por la juventud de nuestros días a causa del ejemplo que les dan aquellos que profesan ser cristianos. No podemos cerrar la puerta de la tentación

a la juventud, pero podemos educarla para que sus palabras y acciones puedan tener una influencia directa sobre su felicidad o miseria futuras. Serán expuestos a la tentación. Encontrarán enemigos dentro y fuera, pero deben ser instruidos para permanecer firmes en su integridad, teniendo principios morales para resistir la tentación. Las lecciones dadas a nuestra juventud por profesores cristianos amantes del mundo están haciendo un gran mal. Las reuniones festivas, las glotonerías, las loterías, las escenas mudas y representaciones teatrales están haciendo un trabajo que producirá un registro con su carga de resultados para el juicio.

Todas estas inconsistencias, sancionadas por los profesos cristianos bajo un ropaje de beneficencia cristiana, a fin de recolectar recursos para pagar gastos de la iglesia, tienen su influencia sobre la juventud, volviéndola amante de los placeres más que amante de Dios. Piensan que si los cristianos pueden incentivar estas loterías e interesarse en ellas y en escenas de festividades, y relacionarlas con cosas sagradas, ¿por qué ellos no estarían en lo cierto al interesarse por loterías y entrar en juegos a fin de ganar dinero para propósitos especiales?

Es plan estudiado de Satanás vestir el pecado con ropaje de luz para esconder su deformidad y hacerlo atractivo. Pastores y pueblo que profesan la justicia se están uniendo al adversario de nuestra alma, ayudándole en sus planes. Nunca hubo tiempo en que cada miembro de la iglesia debiera sentir su responsabilidad de andar humilde y circunspectamente delante de Dios, como en el presente. Filosofías vanas, falsos credos e infidelidad están aumentando. Muchos de los que toman el nombre de seguidores de Cristo están, a través de un corazón orgulloso, buscando popularidad y desviándose de los marcos establecidos. Los claros mandamientos de Dios en Su Palabra son descartados porque son considerados comunes y anticuados, mientras que las teorías vanas y vagas atraen la mente y satisfacen la imaginación. En estos escenarios de festividades en la iglesia, hay una unión con el mundo que la Palabra de Dios no justifica. Cristianismo y mundanalidad están unidos en esas reuniones.

Pero el apóstol pregunta:

«¿Qué comunión tiene la justicia con la iniquidad? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo tiene el templo de Dios con los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis cosa inmunda; y yo os recibiré, y seré a vosotros Padre, y vosotros me seréis a mí hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso» (2 Corintios 6:14-18)<sup>37</sup>.

Cuando estemos aptos para comprender las tentaciones y victorias del Hijo de Dios, en el severo conflicto con Satanás, tendremos una idea más correcta de la grandeza de la obra delante de nosotros, a fin de vencer. Satanás sabía que, si fallaba, su situación sería desesperada. Si tenía éxito y ganaba la victoria sobre toda la raza humana, pensó, su vida y reino serían establecidos.

En las reuniones característicamente cristianas, Satanás lanza sus vestiduras religiosas sobre los placeres ilusorios y los juergas profanas, para darles la apariencia de santidad, y la conciencia de muchos es tranquilizada porque los fondos recaudados van a costear los gastos de la iglesia. Las personas se niegan a dar por amor de Cristo, pero por amor al placer y a la condescendencia con el apetito por motivos egoístas, están listas para gastar su dinero.

¿Es porque no hay poder en las lecciones de Cristo sobre beneficencia, en Su ejemplo, en la gracia de Dios sobre el corazón para llevar a los hombres a glorificar a Dios con sus recursos, que se tiene que recurrir a tal método a fin de sustentar la iglesia? El daño infligido a la salud física, mental y moral en estas escenas de divertimentos y glotonerías no es pequeño. El día final del ajuste de cuentas mostrará almas perdidas a causa de la influencia de estas escenas de divertimentos y frivolidad.

Es un hecho deplorable que consideraciones sagradas y eternas no tengan poder para abrir el corazón de los profesos seguidores de Cristo, llevándolos a dar ofrendas voluntarias para el sustento del evangelio, debido a la tentación de festividades y alegrías generalizadas. Es una triste realidad que estas

instigaciones prevalezcan al paso que las cosas sagradas y eternas no tengan fuerza para influenciar el corazón a participar en la obra de beneficencia.

El plan de Moisés en el desierto para recaudar fondos fue muy exitoso. No hubo ninguna exigencia obligatoria. Moisés no hizo grandes festividades ni invitó al pueblo a un lugar de alegría, danza y divertimento en general. Tampoco instituyó loterías o alguna cosa profana a fin de obtener recursos para erigir el tabernáculo de Dios en el desierto. Dios ordenó a Moisés que invitara a los hijos de Israel a traer sus ofrendas. Moisés aceptaba los donativos de cada persona que daba voluntariamente, de corazón. Pero las ofrendas voluntarias llegaron en tan gran abundancia que Moisés proclamó que ya eran suficientes. Debían cesar sus presentes, pues dieron abundantemente, más de lo que se podría usar.

Las tentaciones de Satanás son exitosas con los profesos seguidores de Cristo, en cuanto a la condescendencia con el placer y el apetito. Vestido como ángel de luz, él citará las Escrituras para justificar las tentaciones que coloca delante de los hombres para inducirlos al apetito y placeres mundanos que se adaptan al corazón carnal. Los seguidores profesos de Cristo son débiles en poder moral y son fascinados por la seducción presentada delante de ellos por Satanás, y así él gana la victoria. ¿Cómo mira Dios a las iglesias que son mantenidas por estos medios? Cristo no puede aceptar estas ofrendas, porque no son ofrecidas por amor y devoción, sino que son una idolatría egoísta. Sin embargo, lo que muchos no hacen por amor a Cristo, lo harán por amor a delicadas exquisiteces a fin de satisfacer el apetito, y por amor a los divertimentos mundanos, con el fin de satisfacer el corazón carnal.

El conflicto de Cristo con Satanás en el desierto será considerado con sagrado interés por todos los verdaderos seguidores de Cristo. Deberíamos tener un sentimiento de profunda gratitud a nuestro Redentor por las enseñanzas de Su propio ejemplo sobre cómo resistir y vencer a Satanás. Jesús no buscó los lugares de alegrías y festividades para obtener la victoria tan esencial para nuestra salvación, sino que Él fue al desolado desierto. Muchos ni siquiera contemplan esta escena del conflicto de Cristo con el jefe caído. No simpatizan con su

Redentor. Algunos llegan a dudar de que Él realmente sintió hambre aguda en la abstinencia de alimento, durante el período de cuarenta días y cuarenta noches.

Aquel que sufrió muerte de cruz en el Calvario ciertamente sufrió la más cruciante hambre, semejante a Su muerte por nosotros. Tan pronto como comenzaron los sufrimientos del hambre, Satanás estaba listo con sus tentaciones. Tenemos que combatir a un enemigo muy vigilante. Satanás adapta sus tentaciones a nuestras circunstancias. En cada tentación él presentará alguna insinuación, alguna cosa aparentemente buena para ganar. Pero, en nombre de Cristo podemos tener victoria, resistiendo a sus engaños.

Ya han pasado más de mil ochocientos años desde que Cristo anduvo en la Tierra como un Hombre entre los hombres. Encontró abundantemente sufrimientos y miserias por todos lados. ¡Qué humillación por parte de Cristo, pues, a pesar de subsistir en forma de Dios, tomó sobre Sí la forma de siervo! Era rico en los Cielos, coronado de gloria y honor, y por nuestra causa se hizo pobre. ¡Qué acto de condescendencia del Señor de la vida y la gloria, a fin de levantar al hombre caído!

Jesús no vino a los hombres con órdenes y amenazas, sino con amor sin paralelo. El amor genera amor; y así el amor de Cristo, manifestado en la cruz, buscó y ganó al pecador, acercándolo, arrepentido, a la cruz, creyendo y admirando las insondables profundidades del amor de Dios. Cristo vino al mundo a fin de perfeccionar un carácter justo para muchos, y elevar a la raza caída. Pero solamente unos pocos de los millones de nuestro mundo aceptan la justicia y la excelencia de Su carácter y satisfarán los requisitos exigidos para asegurar su felicidad.

Sus lecciones de instrucciones y Su vida santa, si fueran seguidas, evitarían el flujo de la miseria física y moral que tanto ha contaminado la imagen moral de Dios en el hombre, que escasamente se asemeja al noble Adán, como era en el Edén, en su santa inocencia. Cada prohibición de Dios busca la salud y el eterno bienestar del hombre. La obediencia a todos los requisitos de Dios traerá paz y felicidad exentas de vergüenza o reproches de la conciencia.

Sin embargo, poquísimos de los cristianos del mundo están siguiendo a su Maestro a través de la humildad obediente, progresando en la santidad y perfección del carácter cristiano. La intemperancia y la licenciosidad están aumentando asustadoramente y siendo practicadas en gran parte bajo el manto del cristianismo. Este deplorable estado de cosas no es porque los hombres sean obedientes a la ley de Dios, sino porque su corazón se levanta en rebelión contra Sus santos preceptos.

Arrepentimiento para con Dios, por haber transgredido Su ley, y fe en Jesucristo, son los únicos medios por los cuales podemos ser elevados a la pureza de vida y reconciliación con Dios. Si se comprendieran plenamente todos los pecados que trajeron la ira de Dios sobre ciudades y naciones, veríamos que son el resultado de apetitos y pasiones no controlados.

---

<sup>35</sup> Mateo 5:14, 16.

<sup>36</sup> Mateo 5:13-16.

<sup>37</sup> 2 Corintios 6:14-18.

*\*Nota: Una expresión usada por la Sra. E. G. White, para referirse a reuniones sociales comunes, en que cada participante contribuía para una mesa común, dice lo siguiente: Los piqueniques del 4 de julio, tomaban las características de un circo o parque de diversiones. La palabra usada hoy, se refiere generalmente a una recreación al aire libre, de un carácter aprobado por la Sra. E. G. White, en la cual una o más familias participan. — Depositarios de las Publicaciones E. G. White*

## Capítulo 24 — Más que una caída

Si la raza humana hubiera dejado de caer cuando Adán fue expulsado del Edén, hoy estaríamos en una condición mucho más elevada física, mental y moralmente. Pero mientras el hombre deplora la caída de Adán, que resultó en una terrible desgracia, desobedece las mandatos expesos de Dios, como hizo Adán, aunque tiene su ejemplo para advertirle de no actuar como él actuó en la violación de la ley de Jehová.

¡Ojalá el hombre hubiera dejado de caer con Adán! Pero ha sido una [89] sucesión de caídas. Los hombres no se alertan con la experiencia de Adán. Conducirán el apetito y la pasión a la violación directa de la ley de Dios y al mismo tiempo continuarán lamentando la transgresión de Adán, la cual trajo el pecado al mundo.

Desde los días de Adán hasta los nuestros, ha habido una sucesión de caídas, cada una mayor que la anterior, en toda especie de crimen. Dios no creó una raza de seres humanos tan desprovista de salud, belleza y poder moral como la que existe ahora en el mundo. Enfermedades de todas las especies están aumentando asombrosamente sobre la raza humana. Esto no ha sucedido por una providencia especial de Dios, sino directamente contrario a Su voluntad. Esto surgió debido a la desconsideración del hombre hacia los medios que Dios ordenó para protegerlo de los terribles males existentes. La obediencia a la ley de Dios en todos los aspectos salvará a los hombres de la intemperancia, la licenciosidad y la enfermedad de todo tipo. Nadie puede violar la ley natural sin sufrir la penalidad.

¿Puede el hombre, por alguna suma de dinero, vender deliberadamente su capacidad mental? Si alguien diera dinero para que el hombre compartiera su intelecto, este se volvería con disgusto contra la propuesta insana. Sin embargo, miles están dividiendo la salud del cuerpo, el vigor del intelecto y la elevación del alma por amor a la satisfacción del apetito. En lugar de ganar, experimentan solamente pérdidas. Esto ellos no perciben porque sus sensibilidades están entorpecidas. [90] Comercializaron las facultades que recibieron de Dios. ¿Y por qué?

Respuesta: Baja sensualidad y vicios degradantes. Se consiente la satisfacción de la pasión a costa de la salud y del intelecto.

Cristo comenzó la obra de redención precisamente donde se inició la ruina. Hizo provisión para reintegrar al hombre a la pureza de Dios, si aceptaba la ayuda que le fuera ofrecida. Por medio de la fe en Su nombre todopoderoso —el único nombre dado debajo del Cielo para salvación— el hombre podría vencer el apetito y la pasión. Por intermedio de la obediencia a la ley de Dios la salud tomaría el lugar de las enfermedades y dolencias destructivas. Aquellos que han de vencer seguirán el ejemplo de Cristo, subyugando los apetitos y las pasiones corporales bajo el control de la razón y de la conciencia esclarecida.

Si los pastores que predicán el evangelio cumplieran su deber, y fueran igualmente ejemplos para el rebaño de Dios, sus voces se levantarían como trompetas, mostrando al pueblo sus transgresiones y a la casa de Israel sus pecados. Pastores que exhortan a los pecadores a convertirse deberían definir distintamente qué es pecado y qué es conversión del pecado. Pecado es transgresión de la ley. El pecador convicto debe ejercer arrepentimiento para con el Señor, a causa de la transgresión de Su ley, y fe en nuestro Señor Jesucristo.

El apóstol nos da la verdadera definición de pecado: «El pecado es transgresión de la ley»<sup>38</sup>. Una clase enorme de profesos embajadores de Cristo son como guías ciegos. Están dirigiendo al pueblo fuera del camino de seguridad al presentar las exigencias y prohibiciones de la antigua ley de Jehová como arbitrarias y severas. Dan permiso al pecador para traspasar los límites de la ley de Dios. En esto son como el gran adversario de las almas, abriendo delante de ellos una vida de libertad en violación a los mandamientos de Dios. Con esta libertad sin ley se acabaron las bases de la responsabilidad moral.

Aquellos que siguen a estos líderes ciegos, cierran las avenidas del alma a la recepción de la verdad. No permiten que la verdad con sus frutos útiles les afecte el corazón. Gran número afirma su alma con prejuicio contra nuevas verdades y también contra la clarísima luz que muestra la correcta aplicación de antigua verdad, la ley de Dios, que es tan antigua como el mundo. El intemperante y [91]

licencioso tiene placer en afirmar frecuentemente que la ley de los Diez Mandamientos no es obligatoria en esta dispensación. Avaricia, robos, perjurios y crímenes de toda especie son practicados bajo el manto de cristianismo.

---

<sup>38</sup> 1 Juan 3:4.

## Capítulo 25 — Salud y felicidad

¿Por qué los hombres no pueden hacer estas cosas si la ley que las prohíbe fue abolida? Ningún mensaje de la Tierra o del Cielo puede impresionar fuertemente a los intemperantes y licenciosos que están ilusionados con la teoría de que la ley de los Diez Mandamientos fue abolida. Muchos profesos ministros de Cristo exhortan al pueblo a una vida de santidad, mientras ellos mismos se someten al poder del apetito y a la contaminación del tabaco. Estos enseñadores que están guiando al pueblo en el menosprecio de la ley física y moral tendrán que enfrentar un terrible juicio en el futuro.

Salud, verdad y felicidad no pueden ser adquiridas sin un conocimiento inteligente, completa obediencia a la ley de Dios y *perfecta* fe en Jesucristo. El Señor no tiene ningún otro medio para alcanzar el corazón humano. Muchos profesos cristianos reconocen que, al usar tabaco, están condescendiendo con un hábito *costoso, perjudicial y asqueroso*. Se excusan, sin embargo, diciendo que es un hábito formado y que no pueden vencerlo. Al reconocer esto, están rindiendo homenaje a Satanás, diciendo con sus acciones, si no con palabras, que, aunque Dios sea poderoso, Satanás tiene gran poder. Por profesión dicen que son siervos de Jesucristo, mientras que sus obras dicen que se someten al control de Satanás, porque esto les es menos inconveniente. ¿Es esto vencer como lo hizo Cristo? ¿O es ser vencido por la tentación? La excusa anterior es instigada por personas que están en el ministerio, que profesan ser embajadores de Cristo.

Muchas son las tentaciones y asaltos de todos lados para arruinar las esperanzas de los jóvenes, tanto en lo que respecta a este mundo como al por venir. Sin embargo, la única senda segura para el joven y el anciano es vivir en estricta conformidad con los principios de la ley física y moral. El camino de la obediencia es el único que lleva al Cielo. Los adictos al alcohol y al tabaco, a veces, darían cualquier suma de dinero si pudieran vencer el apetito por la condescendencia que destruye el cuerpo y el alma. Aquellos que no subyugan los apetitos y las pasiones al control de la razón, serán condescendientes a expensas de las obligaciones morales y físicas.

Las víctimas de un apetito depravado, apegadas a las continuas tentaciones de Satanás, buscarán condescendencia a costa de la salud e incluso de la vida, teniendo que comparecer ante el tribunal de Dios como suicidas. Muchos se permitieron ser dominados por el hábito durante tanto tiempo que se convirtieron en esclavos del apetito. No tienen la valentía moral para *resignarse* y soportar el sufrimiento por algún tiempo a través de la restricción y negación del gusto, a fin de vencer el vicio. Esta clase se rehúsa a vencer como lo hizo su Redentor. ¿No soportó Cristo, en el desierto, sufrimiento físico y angustia mental en favor del hombre?

Muchos permitieron durante tanto tiempo que el apetito y el gusto *controlaran* la razón, que no tienen poder moral para perseverar en la abnegación propia, y soportar por algún tiempo, hasta que la naturaleza maltratada pueda comenzar a trabajar y establecer un *sano* sistema de acción. Muchos que tienen el gusto pervertido retroceden ante el pensamiento de restringir su régimen y continúan con sus *condescendencias enfermizas*. No están dispuestos a vencer como lo hizo su Redentor.

¡Qué escenario de inigualable ejemplo de sufrimiento fue aquel ayuno de casi seis semanas, mientras Jesús estaba siendo asaltado por las más terribles tentaciones! ¡Cuán pocos pueden comprender el amor de Dios por la raza caída, el cual no rehusó que Su *divino* Hijo tomase sobre Sí la humillación humana! Él entregó a Su amado Hijo a la vergüenza y agonía para que pudiese traer hijos e hijas a la gloria.

Cuando el hombre pecador discierna el inexpresable amor de Dios al dar a Su Hijo para morir en la cruz, podrá *comprender* mejor la infinita ventaja de vencer como Cristo venció. Comprenderemos que será una *eterna pérdida* ganar todo el mundo, con todos sus placeres y gloria, y sin embargo perder el alma. El Cielo es *muy barato*, a cualquier costo.

Sobre las orillas del Jordán, la voz del Cielo, acompañada por la manifestación de la excelente gloria, proclamó que Cristo es el Hijo del Eterno. Satanás estaba a punto de encontrarse personalmente con el Jefe del reino, a quien él vino para

vencer. Si fallaba, sabía que estaba perdido. Por lo tanto, el poder de sus tentaciones estaba de acuerdo con la grandeza del objeto que ganaría o perdería. Durante cuatro mil años, desde la declaración hecha a Adán de que la *descendencia de la mujer heriría la cabeza de la serpiente*, él había estado planeando su forma de ataque.

Se valió de todos los esfuerzos para vencer en el apetito a Cristo, quien soportó los más *cruciantes* dolores del hambre. La victoria obtenida estaba destinada no solamente a ser un ejemplo para aquellos que cayeran bajo el poder del apetito, sino para calificar al Redentor en la obra especial de alcanzar las profundidades de la tristeza humana. Por la experiencia propia en cuanto a la fuerza de las tentaciones de Satanás, los sufrimientos y enfermedades humanas, Él sabría cómo socorrer a aquellos que estuvieran dispuestos a ayudarse a sí mismos.

Ninguna suma de dinero podría comprar una sola victoria sobre las tentaciones de Satanás. Pero aquello que el dinero no tiene valor para obtener, como *integridad, esfuerzo resuelto y poder moral*, se obtendría a través del nombre de Cristo una noble victoria sobre el apetito. ¿Qué sería si el conflicto costase al hombre su propia vida? ¿Qué sería si los esclavos del vicio realmente murieran en la lucha para salvarse del poder controlador del apetito? Morirían por una buena causa. La victoria obtenida a costa de la vida humana no representaría nada cuando la victoria aparezca, en la primera resurrección, y los vencedores reciban la recompensa.

Todo, entonces, es ganado. Pero la vida no será sacrificada en la lucha para vencer apetitos depravados. Es cierto que si no vencemos como Cristo venció, no podremos tener un asiento con Él en Su trono. Aquellos que, no obstante la luz y la verdad, destruyen la salud mental, moral y física, inducidos por cualquier especie de condescendencia, perderán el Cielo. Sacrifican a los ídolos las facultades dadas por Dios. Dios merece y exige nuestros más altos pensamientos y sagradas afecciones.

A un costo infinito, Cristo, nuestro Redentor, compró todas nuestras facultades y nuestra propia existencia; y todo lo que hay de bueno en la vida fue comprado para nosotros al precio de Su sangre. ¿Aceptaremos las bendiciones y nos olvidaremos de los reclamos del Dador? ¿Puede cualquiera de nosotros consentir en seguir las inclinaciones, la condescendencia con los apetitos y pasiones, y vivir sin Dios? ¿Comeremos y beberemos como *irracionales*, y, a semejanza de los *animales embotados*, no asociaremos el pensamiento con Dios, con todo aquello de bueno que nos alegra?

Aquellos que hacen esfuerzos decididos en nombre del Conquistador para vencer todo ardiente deseo antinatural en cuanto al apetito, no morirán en el conflicto. En sus esfuerzos por controlar el apetito, se colocan en una relación correcta con la vida, y pueden así regocijarse en la salud y en el favor de Dios, y tendrán derecho a la vida inmortal.

Miles están continuamente vendiendo el vigor físico, mental y moral por el placer del paladar. Todas las facultades tienen su trabajo distinto; sin embargo, todas tienen una dependencia mutua en relación con la otra. Si el equilibrio es cuidadosamente preservado, conservará una acción armoniosa. Ninguna de estas facultades puede ser evaluada en dólares y centavos. Sin embargo, por una buena cena, alcohol o tabaco son vendidas. Mientras está paralizada por la condescendencia con el apetito, Satanás controla la mente y lleva a toda suerte de crímenes e impiedades. Dios tiene placer en preservar todas nuestras facultades en *sano vigor*, para que podamos tener un sentido claro de Sus requisitos y tengamos *santidad perfecta* en Su temor.

## Capítulo 26 — Fuego extraño

Nadab y Abiú, hijos de Aarón, que ministraban en el santo oficio sacerdotal, tomaron libremente del vino y, como de costumbre, fueron a ministrar delante del Señor. Los sacerdotes que quemaban incienso delante del Señor debían usar el fuego que Dios había encendido, el cual ardía de día y de noche, sin extinguirse jamás. Dios había dado orientaciones explícitas sobre cómo debía desempeñarse cada parte de Su servicio, estando todo relacionado con Su culto sagrado, debiendo todo hacerse de acuerdo con la santidad de Su carácter. Cualquier desviación de la orientación expresa de Dios, relacionada con Su servicio, sería castigada con la muerte.

Ningún sacrificio sería aceptado por Dios si no fuera salado o sazonado con el fuego divino, el cual representa la comunicación entre Dios y el hombre, que fue abierta únicamente a través de Cristo. El fuego sagrado que se colocaba sobre el incienso ardía perpetuamente. Mientras el pueblo de Dios estaba afuera, en fervorosas oraciones, el incienso encendido por el fuego sagrado ascendía delante de Dios, mezclado con sus oraciones. Este incienso era emblema de la mediación de Cristo.

Los hijos de Aarón tomaron fuego común, el cual Dios no aceptaba, e insultaron al Dios infinito, presentando fuego extraño delante de Él. Dios los consumió con fuego, a causa del irrespeto a Su expresa orientación. Todo lo que hacían era como la ofrenda de Caín. El divino Salvador no estaba representado. Si estos hijos de Aarón hubieran tenido un dominio claro de sus facultades mentales, habrían discernido la diferencia entre el fuego sagrado y el profano. La satisfacción del apetito les *envileció* las facultades y quedaron con la mente oscurecida de tal manera que no pudieron tener *discernimiento*. Comprendían muy bien el carácter sagrado del servicio típico y la venerable solemnidad y responsabilidad que debían asumir al presentarse delante de Dios para ministrar el servicio sagrado.

Algunos podrán preguntar: ¿Cómo pueden los hijos de Aarón ser responsabilizados, siendo que su mente estaba tan paralizada por la intoxicación,

que ellos no estaban aptos para discernir la diferencia entre el fuego sagrado y el común? Cuando llevaron la copa a sus labios, se hicieron responsables por todos los actos cometidos mientras estaban bajo la influencia del vino. La condescendencia con el apetito les costó la vida a aquellos sacerdotes. Dios prohíbe expresamente el uso del vino, que tiene influencia para *rebajar* el intelecto.

«El Señor habló a Aarón, diciendo: "Ni tú ni tus hijos beberéis vino ni bebida fuerte cuando entréis en la tienda de reunión, para que no muráis. Este será un estatuto perpetuo para vuestras generaciones, para que podáis discernir entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio, y para que enseñéis a los hijos de Israel todos los estatutos que el Señor les ha hablado por medio de Moisés."» (Levítico 10:8-11)<sup>39</sup>

La prohibición especial de Dios a los hebreos con referencia al uso de bebidas intoxicantes, debería ser considerada en esta dispensación. Muchos, sin embargo, que están en alta posición de responsabilidad en nuestro país, en muchos casos se hallan esclavizados por las bebidas alcohólicas y por el tabaco.

Jurados en nuestras cortes, cuyo veredicto decide por la culpa o inocencia de sus semejantes, muchos de ellos son consumidores de bebidas alcohólicas y están *inebriados* por el tabaco. Mientras se hallan bajo esta influencia que *nubla* el intelecto y *envilece* el alma, dan su veredicto sobre la libertad y la vida de sus semejantes.

Los juicios pervertidos en muchos casos claros de punición, de los mayores criminales, conforme requiere la seguridad de la sociedad, deberían recibir la penalidad total de la ley que violaron.

Los hombres que están legislando y los que ejecutan las leyes de nuestro gobierno, mientras violan las leyes de su ser con apetitos desordenados que *entorpecen* y *paralizan* el intelecto, no están en condiciones de decidir el destino de sus semejantes. Solo aquellos que sienten la necesidad de conservar el alma, el cuerpo y el espíritu en conformidad con la ley natural, con el objetivo de

preservar el equilibrio de sus facultades mentales, están en condiciones de decidir cuestiones importantes *conforme a* la ejecución de la ley de nuestra tierra.

Este era el pensamiento de Dios al decretar a los hebreos que el vino no debería ser usado por aquellos que ministraban el santo oficio.

Aquí tenemos las clarísimas orientaciones de Dios y Sus razones para prohibir el uso del vino: que su poder de discriminación y *discernimiento* debería ser claro e inconfundible; que su juicio debería ser correcto y siempre apto para discernir entre lo puro y lo inmundo. Se da otro motivo de gran importancia para que ellos se abstuvieran también de cualquier cosa que pudiera intoxicar. Esto requería el uso perfecto de una razón lúcida para presentar a los hijos de Israel todos los estatutos que Dios les había ordenado.

Cualquier alimento o bebida que descalifique las facultades mentales para un vivir saludable y activo ejercicio es un pecado agravante a la vista de Dios. Especialmente es este el caso de aquellos que ministran las cosas sagradas y que deberían en todo tiempo ser ejemplos para el pueblo y estar en condiciones de instruirlos.

Aunque tienen delante de sí este impresionante ejemplo, algunos profesos cristianos profanan la casa de Dios con la respiración contaminada por el humo del tabaco y por la bebida alcohólica. A veces las escupideras están llenas de saliva expulsada y de trozos de tabaco. La exhalación emanada constantemente de estos receptáculos contamina la atmósfera. Hombres que profesan ser cristianos se arrodillan para adorar a Dios y se atreven a dirigirle oración con los labios manchados por el tabaco, mientras sus nervios, medio paralizados, tiemblan por el uso exhaustivo de este poderoso narcótico. Esta es la devoción que ofrecen a un Dios santo, que odia el pecado. Pastores en su sagrada posición, con la boca y los labios contaminados, se atreven a tomar la sagrada Palabra de Dios en sus labios impuros. Piensan que Dios no percibe su pecaminosa condescendencia. «Por cuanto no se ejecuta luego sentencia sobre la mala obra, el corazón de los hijos de los hombres está enteramente dispuesto para hacer el mal.» (Eclesiastés 8:11)<sup>40</sup>

Dios no aceptará un sacrificio de las manos de aquellos que así se contaminan a sí mismos, ofreciendo un incienso de tabaco y de bebidas alcohólicas; de lo contrario, habría aceptado la ofrenda de los hijos de Aarón que ofrecieron incienso con fuego extraño.

Dios no ha cambiado. Él es ahora tan minucioso y exacto en Sus exigencias como lo fue en los días de Moisés. Pero, en los santuarios de adoración de nuestros días, con cánticos de alabanza, oraciones y enseñanza desde el púlpito, no existe meramente fuego extraño, sino un *positivo envilecimiento*. En lugar de predicar la verdad con santa unción de Dios, esta es proferida muchas veces bajo la influencia del tabaco y del alcohol. ¡Realmente un *fuego extraño*! La verdad bíblica y la santidad de la Biblia son presentadas al pueblo; y oraciones son ofrecidas a Dios, mezcladas con el mal olor del tabaco! ¡Tal incienso es más aceptable a Satanás! ¡Qué terrible engaño es este! ¡Qué ofensa a la vista de Dios! ¡Qué insulto a Aquel que es santo y que habita en la luz inaccesible!

Si los profesos cristianos tuvieran las facultades mentales en un vigor saludable, discernirían la inconsistencia de tal culto. Con Nadab y Abiú, sus sensibilidades se hallan tan *embotadas* que no hacen diferencia entre lo sagrado y lo profano. Cosas santas y sagradas son traídas al bajo nivel de su aliento contaminado por el tabaco, de su cerebro amortecido y su alma contaminada por la condescendencia con el apetito y las pasiones. Cristianos profesos comen y beben, fuman y mascan tabaco, y se vuelven *glotones* y *borrachos*, satisfaciendo el apetito, ¡y todavía hablan de vencer como Cristo venció!

---

<sup>39</sup> Levítico 10:8-11.

<sup>40</sup> Eclesiastés 8:11.

## Capítulo 27 — Imprudencia presuntuosa y fe inteligente

Hay muchos que no logran distinguir entre una imprudencia presuntuosa y una *inteligente confianza de fe*. Satanás pensó que por medio de sus tentaciones podría engañar al Redentor del mundo, llevándolo a una proeza heroica para manifestar Su poder divino, causando sensación y sorprendiendo a todos mediante una demostración del maravilloso poder de Su Padre para preservarlo de daño. Él sugirió que Cristo debía aparecer en Su verdadero carácter y, por medio de una obra maestra de poder, establecer Su derecho a la fe y la confianza del pueblo, si en verdad Él era el Salvador del mundo. Si Cristo hubiera sido engañado por las tentaciones de Satanás y hubiera ejercido Su poder milagroso para aliviarse de la dificultad, habría quebrantado el acuerdo hecho con Su Padre, de ser un reo en favor de la raza humana.

Era una tarea difícil para el Príncipe de la Vida ejecutar el plan que había iniciado para la salvación del hombre, revistiendo Su divinidad con la humanidad. Él había recibido honor en las cortes celestiales y estaba familiarizado con el poder absoluto. Era tan difícil para Él conservarse al nivel de la humanidad como lo era para el hombre elevarse por encima de su nivel de naturaleza depravada, y ser participante de la naturaleza divina.

Cristo fue puesto a una prueba terrible que requería la fuerza de todas Sus facultades, a fin de resistir la inclinación, cuando estuviera en peligro, de usar Su poder para librarse del peligro y triunfar sobre el poder del príncipe de las tinieblas. Satanás mostró su conocimiento de los puntos débiles del corazón humano y concentró todo su poder para sacar ventaja de la debilidad y la humanidad que Cristo asumió, a fin de vencer Sus tentaciones *para crédito del hombre*.

Dios dio al hombre promesas preciosas bajo condición de fe y obediencia; estas, sin embargo, no deben sustentarlo en ninguna acción precipitada. Si el hombre se coloca innecesariamente en el lugar del peligro, y va adonde Dios no

quiere que vaya, exponiéndose confiadamente al peligro, contrariando los avisos de la razón, Dios no hará ningún milagro para liberarlo. No enviará a Sus ángeles para librar a nadie de ser quemado si elige colocarse en el fuego.

Adán no fue engañado por la serpiente como le sucedió a Eva y era inexcusable si transgredía imprudentemente el mandamiento positivo de Dios. Adán se volvió presuntuoso porque su esposa pecó. No podía ver lo que le sucedería a Eva. Estaba triste, confuso y tentado. Oyó de Eva el relato de las palabras de la serpiente y su firmeza e integridad comenzaron a vacilar. Dudas surgieron en su mente respecto a Dios, preguntándose si Él realmente haría lo que había dicho. Imprudentemente comió el fruto tentador.

## Capítulo 28 — Espiritismo

Los espiritualistas hacen muy atractivo el camino hacia el infierno. Espíritus de las tinieblas son, por estas enseñanzas mentirosas, vestidos con el manto puro del Cielo, y tienen el poder de engañar a aquellos que no están fortalecidos en la verdad bíblica.

Vana filosofía es empleada para representar el camino del infierno como una senda segura. Con la imaginación altamente formada y voces musicalmente armoniosas, presentan el camino ancho como felicidad y gloria. La ambición se apodera de estas almas ilusas y, así como Satanás se presentó a Eva, les presenta la libertad y la felicidad como jamás concibieron que fuera posible. Son aplaudidos los hombres que viajan por el camino ancho del infierno, y después de la muerte son exaltados a las más altas posiciones en el mundo eterno.

Satanás, vestido con su manto resplandeciente, apareciendo como un ángel exaltado, tentó al Redentor del mundo, pero sin éxito. Cuando, sin embargo, aparece al hombre vestido como ángel de luz, tiene más éxito. Ocultando sus terribles propósitos, tiene éxito en iludir a los incautos que no están firmemente anclados en la verdad eterna.

Riqueza, poder, genialidad, elocuencia, orgullo, razón pervertida y pasión son agentes de Satanás para hacer su obra de tornar atractiva la senda ancha, cubierta de flores tentadoras. Pero toda palabra que ellos hablen contra el Redentor del mundo, recaerá sobre ellos y un día serán quemados con su alma culpable, como plomo derretido. Serán dominados de terror y vergüenza al ver al exaltado Señor viniendo sobre las nubes del Cielo con poder y gran gloria. Entonces el arrogante desafiador que se levantó contra el Hijo de Dios se verá a sí mismo en la verdadera oscuridad de su carácter. La vista de la indizable gloria del Hijo de Dios será intensamente dolorosa para aquellos cuyo carácter está manchado por el pecado. La pura luz y gloria que emanan de Cristo despertarán remordimiento, vergüenza y terror. Enviarán lamentaciones de angustia a las rocas y montañas: «Caed sobre nosotros, y escondednos del rostro de Aquel que

se sienta en el trono, y de la ira del Cordero, porque ha llegado el gran día de su ira; ¿y quién podrá sostenerse?» (Apocalipsis 6:16, 17)<sup>41</sup>.

Los espiritualistas afirman tener luz y poder superiores. Abrieron la puerta y convidaron al príncipe de las tinieblas a entrar, convirtiéndolo en su huésped de honor. Se aliaron a los poderes de las tinieblas que se están desarrollando en estos últimos días en señales y maravillas que, si fuera posible, engañarían incluso a los escogidos. Los espiritistas dicen que pueden hacer mayores milagros que los que hizo Cristo. Fue esta la ostentación de Satanás delante de Cristo. Por el hecho de que el Hijo de Dios tomara sobre Sí la debilidad humana y fuera tentado en todos los puntos como debe ser tentado el hombre, Satanás exultó y se burló de Él. Blasonaba su superioridad y lo desafiaba a una controversia abierta.

Los espiritistas están aumentando en número. Se acercan a las personas que tienen la verdad, como Satanás vino a Cristo, tentándolas a manifestar su poder, a hacer milagros y a dar evidencias de que son seres favorecidos por Dios, y un pueblo que tiene la verdad. Satanás dijo a Cristo: «Si eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes» (Mateo 4:3)<sup>42</sup>. Herodes y Pilato pidieron a Cristo que obrara milagros, cuando estuvo en juicio ante ellos. Su curiosidad estaba viva, pero Cristo no obró ningún milagro para satisfacerla.

Los espiritistas presionarán la cuestión a fin de entrar en controversia con los ministros que enseñan la verdad. Si declinan, serán desafiados. Citan las Escrituras como hizo Satanás en relación con Cristo: «Examinadlo todo» (1 Tesalonicenses 5:21)<sup>43</sup>, dicen ellos. Pero su idea de examinar tiene la finalidad de inducir a las personas a oír sus presentaciones engañosas y asistir a sus reuniones. Sin embargo, en sus reuniones los ángeles de las tinieblas asumen la forma de amigos muertos y se comunican con ellos, como ángeles de luz.

Sus amados aparecerán en mantos de luz, tan familiares a la vista como cuando estuvieron en la Tierra. Les enseñarán y conversarán con ellos. Y muchos serán engañados por esta maravillosa presentación del poder de Satanás. La única seguridad para el pueblo de Dios es estar completamente familiarizado con

la Biblia y conocer las enseñanzas de nuestra fe concernientes a los que duermen en la muerte.

Satanás es un astuto enemigo. No es difícil para los ángeles del mal representar tanto a los santos como a los pecadores que ya murieron y tornar visibles estas representaciones a los ojos humanos. Estas manifestaciones serán más frecuentes, y su incremento de carácter más aterrador, al acercarse más el fin de los tiempos. No necesitamos quedar atónitos ante ninguna forma de engaño, que fascina a los incautos y engañaría, si posible, a todos los escogidos. Los espiritistas citan: «Examinadlo todo». Pero Dios ha, para el beneficio de Su pueblo que vive en medio de los peligros de los últimos días, examinado esta clase y dado el resultado de Su juicio.

«Ahora bien, el aparecimiento del impío es según la eficacia de Satanás, con todo poder, y señales y prodigios de la mentira, y con todo engaño de injusticia para los que perecen, porque no acogieron el amor de la verdad para ser salvos. Por este motivo, pues, Dios les envía el poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean juzgados todos cuantos no creyeron la verdad; antes, por el contrario, se deleitaron con la injusticia» (2 Tesalonicenses 2:9-12).

Juan, en la isla de Patmos, vio las cosas que deberían ocurrir en la Tierra en los últimos días. Apocalipsis 13:13; 16:14. «También obra grandes señales, de tal manera que hasta fuego del cielo hace descender a la Tierra, delante de los hombres» (Apocalipsis 13:13). «Porque ellos son espíritus de demonios, operadores de señales, y se dirigen a los reyes del mundo entero con el fin de reunirlos para la batalla del gran día del Dios Todopoderoso» (Apocalipsis 16:14).

El apóstol Pedro señala distintamente la clase que será manifestada en estos últimos días.

«Especialmente aquellos que, siguiendo la carne, andan en inmundas pasiones y menosprecian cualquier gobierno. Atrevidos, arrogantes, no temen difamar a autoridades superiores, al paso que ángeles, aunque mayores en fuerza y poder, no profieren contra ellas juicio infamante en la presencia del Señor. Esos, sin embargo, como brutos irracionales, naturalmente hechos para presa y

destrucción, hablando mal de aquello en que son ignorantes, en su destrucción también han de ser destruidos, recibiendo injusticia por salario de la injusticia que practican. Considerando como placer su lujuria carnal en pleno día, cuales manchas y deformidades, ellos se regocijan en sus propias mistificaciones, mientras banquetean junto con vosotros; teniendo ojos llenos de adulterio e insaciables en el pecado, engañando almas inconstantes, teniendo corazón ejercitado en la avaricia, hijos malditos» (2 Pedro 2:10-14).

Dios, en Su Palabra, colocó Su sello [de condenación] sobre las herejías del espiritualismo, como colocó la marca sobre Caín. Los piadosos no necesitan ser engañados si son estudiantes de las Escrituras y obedientes, al seguir el camino claramente indicado a ellos en la Palabra de Dios.

El espiritualismo, presuntuoso, reivindica gran libertad y en lenguaje suave y florido procura fascinar y engañar a las almas incautas a fin de que escojan la senda ancha del placer y la condescendencia pecaminosa, en vez del camino estrecho y recto. Los espiritualistas denominan los requisitos de Dios "ley de servidumbre" y dicen que aquellos que les obedecen viven una vida de miedo esclavizador. Con palabras suaves y discursos bonitos ostentan su libertad y procuran cubrir sus herejías peligrosas con las vestimentas de la justicia. Hacen que los más revoltantes crímenes sean considerados como bendiciones para la raza humana.

Abren delante del pecador una puerta ancha a fin de incitar el corazón carnal a violar la ley de Dios —especialmente el séptimo mandamiento. Aquellos que hablan estas grandes palabras bombásticas de ostentación, que triunfan en la libertad de sus pecados, prometen a aquellos a quienes ludibrian el placer de la libertad en el curso de la rebelión contra la voluntad revelada de Dios. Estas almas engañadas se colocan bajo la más variada esclavitud de Satanás y son controladas por su poder; con todo, prometen libertad a aquellos que osan seguir el mismo curso de pecado que ellos mismos escogieron.

Las Escrituras son de hecho cumplidas en este punto de un ciego guiando a otro ciego. Aquel que los vence los reduce a la esclavitud. Estas almas engañadas

están debajo de la más abyecta esclavitud, a la voluntad de los demonios. Se aliaron a los poderes de las tinieblas y no tienen fuerza para contrariar la voluntad de los demonios. Esta es su jactanciosa libertad. Por medio de Satanás son vencidos y puestos bajo servidumbre y aquellos a quienes prometen gran libertad son engañados y se tornan esclavos desesperanzados del pecado y de Satanás.

No debemos asistir a sus reuniones y mucho menos nuestros pastores deben entrar en controversia con ellos. Pertenecen a aquella clase específica, a la cual no debemos invitar para nuestra casa ni saludarlos. Tenemos de comparar sus enseñanzas con la voluntad revelada de Dios. No nos debemos empeñar en una investigación del Espiritismo. Dios ya investigó esto por nosotros y nos dice definitivamente que es una clase que se levantará en los últimos días, negando a Cristo, que los compró con Su propia sangre. El carácter de los espiritistas es descrito tan plenamente que no necesitamos ser engañados por ellos. Si obedecemos a la prescripción divina, no deberemos tener simpatía por los espiritistas a pesar de sus palabras suaves y favorables.

El amado Juan continúa su admonición contra los seductores: «¿Quién es el mentiroso sino aquel que niega que Jesús es el Cristo? Este es el anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, ese no tiene al Padre; aquel que confiesa al Hijo, tiene igualmente al Padre» (1 Juan 2:22, 23)<sup>44</sup>.

Pablo, en su Segunda Epístola a los Tesalonicenses, exhorta a estar alerta y no apartarse de la fe. Él está hablando de la venida de Cristo como un evento que ocurrirá inmediatamente después del trabajo de Satanás por intermedio del Espiritismo, en las siguientes palabras: «Ahora bien, el apareamiento del impío es según la eficacia de Satanás, con todo poder, y señales y prodigios de la mentira, y con todo engaño de injusticia para los que perecen, porque no acogieron el amor de la verdad para ser salvos. Por este motivo, pues, Dios les envía el poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean juzgados todos cuantos no creyeron la verdad; antes, por el contrario, se deleitaron con la injusticia» (2 Tesalonicenses 2:9-12)<sup>45</sup>.

En la Epístola de Pablo a Timoteo él predice lo que se manifestará en los últimos días. Y esta admonición fue dada en beneficio de aquellos que vivirán cuando estas cosas estén aconteciendo. Dios reveló a Su siervo los peligros de la iglesia en los últimos días. Él escribe: «Ahora bien, el Espíritu afirma expresamente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, obedeciendo a espíritus engañosos y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la propia conciencia» (1 Timoteo 4:1, 2)<sup>46</sup>.

El fiel Pedro habla de los peligros a los cuales la Iglesia Cristiana sería expuesta en los últimos días, y describe pormenorizadamente las herejías que se levantarían y los seductores blasfemos que procurarían atraer almas para ellos. «Así como en medio del pueblo surgieron falsos profetas, así también habrá entre vosotros falsos maestros, los cuales introducirán disimuladamente herejías destructoras, hasta el punto de renegar del Soberano Señor que los rescató, trayendo sobre sí mismos repentina destrucción. Y muchos seguirán sus prácticas libertinas, y, por causa de ellos, será infamado el camino de la verdad» (2 Pedro 2:1, 2)<sup>47</sup>.

Aquí Dios proveyó para nosotros las pruebas de esta clase mencionada. Ellos rehusaron el conocimiento de Cristo como Hijo de Dios y no tienen más reverencia por el Padre eterno, que por Su Hijo, Jesucristo. No tienen al Hijo ni al Padre. Y como su gran líder, el jefe de los rebeldes, están en rebelión contra la ley de Dios y menosprecian la sangre de Cristo.

Podemos regocijarnos en todas las condiciones de la vida y triunfar bajo cualquier circunstancia, porque el Hijo de Dios descendió del Cielo y Se sometió a soportar nuestras enfermedades y a soportar el sacrificio y la muerte a fin de darnos la vida inmortal. Llevará para siempre las marcas de Su humillación terrestre en favor del hombre. Mientras la hueste de redimidos y una multitud de ángeles inmaculados van a honrarlo y adorarlo, Él llevará las marcas de alguien que fue muerto. Cuanto más plenamente apreciamos el sacrificio infinito hecho en nuestro favor por el Salvador, para expiación del pecado, más nos aproximamos de la armonía con el Cielo.

---

<sup>41</sup>Apocalipsis 6:16, 17.

<sup>42</sup>Mateo 4:3.

<sup>431</sup> Tesalonicenses 5:21.

<sup>441</sup> Juan 2:22, 23.

<sup>452</sup> Tesalonicenses 2:9-12.

<sup>461</sup> Timoteo 4:1, 2.

<sup>472</sup> Pedro 2:1, 2.

## Capítulo 29 – Desarrollo del carácter

Tenemos aquí un carácter que formar. Dios nos probará y nos pondrá a prueba, colocándonos en posiciones en las cuales podamos desarrollar la más persistente fuerza, pureza y nobleza de alma, con perfecta paciencia de nuestra parte, y entera confianza en el Salvador crucificado. Encontraremos reveses, aflicciones y pruebas severas, pero estas son pruebas de Dios. Él se sentará como refinador y purificador de plata y purgará a Su pueblo como oro y plata, para que pueda ofrecer al Señor una oferta de justicia.

La cruz de Cristo está toda cubierta de vergüenza y estigma, con todo, es la esperanza de vida y exaltación del hombre. Nadie puede comprender el misterio de la piedad mientras se avergüence de soportar la cruz de Cristo. Nadie estará habilitado para discernir y apreciar las bendiciones que Cristo compró para el hombre, al precio infinito de Sí mismo, a menos que esté dispuesto a sacrificar alegremente los tesoros terrestres, a fin de convertirse en Su seguidor. Cada renuncia propia y sacrificio hecho por Cristo enriquece al dador, y todo sufrimiento y oprobio soportado por Su querido nombre aumentará el regocijo final y la recompensa inmortal en el reino de la gloria.